Antonio y Manuel Machado

LA LOLA SE VA A LOS PUERTOS...

Comedia en tres actos.

50 cts.

(114)

la pantalla

Semanario Español de Cinematografía.

Director: ANTONIO BARBERO
Editado en RIVADENEYRA
Paseo de San Vicente, 20.
MADRID

Publica todas las semanas, como mínimo, 16 grandes páginas profusamente ilustradas en huecograbado.

TODOS LOS AFICIONADOS AL CINE DEBEN LEER LA PANTALLA, QUE CONSTITUYE LA VERDADERA GUÍA DE LA CINEMATOGRAFÍA MUNDIAL

Precios de suscripción: Madrid, provincias y posesiones españolas: semestre, 5,50 pesetas; año, 10.—América, Filipinas y Portugal: semestre, 7 pesetas; año, 12.—Extranjero: semestre, 11 pesetas; año, 20.

6348

LA LOLA SE VA A LOS PUERTOS...

JOSE MACHADO

MANUEL Y ANTONIO MACHADO

a Lola se va a los puertos...

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro Fontalba, de Madrid, el día 8 de noviembre de 1929.

DIBUJOS DE JOSE MACHADO.

LA FARSA
AÑO III | 16 DE NOVIEMBRE DE 1929 | NUM. 114
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Lola	Lola Membrives.
Rosario	Esperanza Ortiz.
Mercedes	Amparo Astort.
Paquita	Trinidad Carrasco.
Campesina 1.ª	Africa P. Bernabé.
Campesina 2.ª	Concepción Blázquez.
Heredia	Ricardo Puga.
Don Diego	Manuel Aragonés.
José Luis	Luis Roses.
Paco	Fernando Montenegro.
Panza Triste	José Marco Davó.
Don Narciso Galerna	Fernando Montenegro.
Pato, el Botero	Enrique Suárez.
Chipiona	José García.
El Niño del Arenal	Enrique Suárez.
Fernando	Reinaldo Asensio.
Juan	Juan P. Romeu.
Camarero	Alberto Gracián.
Señoritos 1.° y 2.°	N. N.

Decorados de Fernando Mignoni.

ACTO PRIMERO

La escena representa la sala baja de un gran cortijo de Andalucía, con amplia portalada de arcos al fondo, que da a una galería abierta al jardín y al campo. Otras puertas y ventanas laterales. El mobiliario adecuado y una larga mesa donde está dispuesto el *lunch* con botellas y cañas en sus cañeros. El jardín llega hasta la misma casa, con sus rosales trepadores enredados a los pilares de la galería. En lontananza, grandes masas de olivar y monte.

ESCENA PRIMERA

PACO y MERCEDES, caseros del cortijo, acabando de arreglar la mesa.

PACO. ¿La señorita Rosario
qué te dijo?

MERCEDES. Preguntaba
por su novio. Ella creía
que la juerga y la algazara
de esta noche...

PACO. ¿Sí?

MERCEDES. Eran cosa
del señorito.

PACO. Me extraña.
Será el cariño, los celos.
Ya sabe que en esta casa
la cabeza más alegre
es la que peina más canas.
Así va el mundo.

670133

MERCEDES. Yo dije
la verdad: coplas, guitarra
y fandango, todo ha sido
cosa del amo.

PACO. El lo paga
y lo goza. ¡Si lo viera
desde el cielo aquella santa!

MERCEDES. Una santa y desde el cielo
¿qué iba a decir?: «Tiene gracia
mi esposo; tan alegrito
siempre donde suenan palmas.»

PACO. ¿Y se van hoy los artistas?

MERCEDES. Esta noche. De mañana
se fueron los invitados,
y ya no quedan en casa
más que la Lola y Heredia.

ESCENA II

DICHOS, DON DIEGO y HEREDIA

DON DIEGO. ¡Paco, Mercedes!

PACO. ¿Qué manda?

DON DIEGO. ¿Está preparado todo?

MERCEDES. Dígame usted si algo falta.

DON DIEGO. Nada. Ya os podéis marchar.
Cuando esté Lola aviada
decidle que la esperamos
para tomar una caña.
(Vanse Paco y Mercedes.)

ESCENA III

DON DIEGO y HEREDIA.

DON DIEGO. ¡Heredia!

HEREDIA. ¡Don Diego!

DON DIEGO. Toma.
(Le da un sobre con unos billetes.)

HEREDIA. ¿Qué me da usted?

DON DIEGO. Poco. Nada
que obligue. Como recuerdo
de un amigo y de una casa
que habéis honrado, dinero
para el camino y las gracias.

HEREDIA. Don Diego, ¡dos mil pesetas
a nosotros!

DON DIEGO. Te las guardas;
os las guardáis. Y no hablemos
de ello.

HEREDIA — Ni media palabra.
Manda Faraón y el polvo
obedece.
(Se mete el sobrecito en el bolsillo.)

DON DIEGO. — ¿A qué hora pasa
el tren?

HEREDIA. — A las seis y cuarto.
(Una pausa. Heredia y Don Diego se miran. Don Diego va a hablar de Lola y cambia de idea.)

DON DIEGO. — Echemos la última caña.

HEREDIA. — La penúltima.
(Llenan las cañas.)

DON DIEGO. — Bien dices.
(Beben y permanecen algún rato en silencio suspirando.)
¡Ay, Heredia de mi alma!

HEREDIA. — *(La exclamación con que Heredia responde a Don Diego quiere decir que comprende por qué suspira.)*
¡Don Dieguito de mi vida!

DON DIEGO. — Tú sabes...
(Con interés.)

HEREDIA. — Yo... de guitarra
un poquillo.

DON DIEGO. — ¿Y de mujeres?

HEREDIA. — Sólo sé que no sé nada,
que dicen que dijo el sabio
Salomón, que las trataba
de cerca.

DON DIEGO. — ¿Qué piensas tú
de Lola?

HEREDIA. — Que Lola canta.

DON DIEGO. — Como los ángeles.

HEREDIA. — No;
como la Lola. Si es ella
el mismo cante. No hay otra,
Don Diego.

DON DIEGO. — Conforme, Heredia;
pero ahora yo te pregunto
por la mujer.

HEREDIA. — Por la hembra
juncal. Comprendido; usted
quiere saber...

DON DIEGO. — Si chanela...

HEREDIA. — Más que de coplas...

DON DIEGO. — Si marcha...

HEREDIA. — O no marcha.

DON DIEGO. — Justo.

HEREDIA. — Tenga
—y perdone—el sobrecito
con sus pápiros.
(Le devuelve el sobre.)

DON DIEGO. *(Rechazando el sobre con disgusto.*
No aciertas
a comprender. Yo no compro
a mis amigos.

HEREDIA. Pues venga
otra cañita.

(Se guarda el sobre y Don Diego llena las cañas.

Y ahora,
¿escuchará la grandeza
de Andalucía, el consejo
de una lombriz de la tierra?

DON DIEGO. Habla y no te achiques tanto.

HEREDIA. Don Dieguito, no se pierda
usté a sus años.

DON DIEGO. ¿Tan viejo
soy? ¿Cuántos años me echas?

HEREDIA. Para morirse muy pocos;
para bailar de cabeza...
el hombre debe de ser
viejo desde que se afeita.
La Lola... la Lola... ¿Ha dicho
usted la Lola? Ustéd piensa
que es una chavala...

DON DIEGO. Sí.

HEREDIA. Como otras muchas que ruedan
por el mundo... Una mujer ..

DON DIEGO. Es claro...

HEREDIA. Pues no lo crea
usted, Don Diego; la Lola
no es una mujer siquiera.

DON DIEGO. ¿Qué es entonces?

HEREDIA. Cante hondo
con faldas, la misma esencia
del cante, la cantaora,
la Lola. Aunque usted la ve
cerca de usted y la escuche,
y la toque —si se deja—
la Lola no es de este mundo.
Yo que voy siempre con ella
—soy su guitarra—lo sé,
Don Diego, por experiencia.

DON DIEGO. Lola y tú...

HEREDIA. Pare usted el coche
Lola y yo somos pareja
de flamenco. Ella es el cante;
yo, el toque.

DON DIEGO. ¿Y no más?

HEREDIA. *(Jurando.)*
¡Por éstas!
Entre Lola y yo no hay
más allá de: afina, templa...
Heredia, por soleares;
por seguidillas, Heredia.

N DIEGO. Perdona, no te creía
tan serio.

REDIA. Siempre fué seria
nuestra profesión. La copla
y la guitarra flamenca
—usted lo sabe—no son
cosas de broma. La juerga
—se entiende con cante hondo—
tiene de función de iglesia
más que de jolgorio. No es
una diversión cualquiera,
donde se mete ruido
y se descorchan botellas.
Para alegrarse en flamenco
se ha menester mucha ciencia
mucha devoción al cante
y al toque.

N DIEGO. Nadie lo niega
y ya sabes tú que yo
distingo.

REDIA. ¡Que ustéd diquela
Si es usted el emperador
de la afición de esta tierra.

N DIEGO. Favor, Heredia.

REDIA. Justicia.

N DIEGO. ¿Echo otras cañitas?

Sea.
¿Conque tú nunca pensaste?
La verdad...

REDIA. Por la cabeza,
Don Dieguito, pasa todo;
importa lo que se queda.
Lola y yo nos conocimos
ella niña, yo, un chavea.
Su padre fué mi maestro
de guitarra—una eminencia
en el toque, el señor Pepe,
el herrero—; su maestra
de canto, mi hermana Trini

N DIEGO. ¿La Trini?

REDIA. ¡Que gloria tenga!
De niños nos separamos,
tres años pasé sin verla.
Y ahora, lo que usted quería
saber. Yo no soy de piedra.

N DIEGO. ¡Claro! Un artista...

REDIA. Era Lola
ya una mocita. En Utrera
nos encontramos. Venía
ella con su madre de Ecija;
yo, del Puerto, hacia Sevilla
los dos, «¡Rafael!» Yo era
Rafael—que este es mi nombre—
para Lola; hoy soy Heredia,

el tocador, su guitarra,
para un cartel siete letras.
«¿Quién eres, chiquilla?» Estuve
un rato sin conocerla
mirándola. ¡Qué milagros
hace la Naturaleza!
—«¿No me conoces? La Lola».
«La insignificancia aquella
del señor Pepe—le dije—
en broma, ¿va a ser la reina
de Andalucía?» Don Diego,
¡qué transformación más seria!
¡Lo que hace Dios, cuando está
de buen humor, y se esmera
una miajita en sus obras!,
y dice: ¡Allá va canela
con faldas! De la chiquilla
larguirucha, casi fea,
que yo conocí, con un
toquecito en las caderas
y otro en el pecho, y un poco
de carboncillo en las cejas,
y de candela en los ojos,
hizo una mujer de veras,
de las que dan al Altísimo
derecho a dormir la siesta.
Yo le dije... no sé qué
le dije, una impertinencia,
porque la lengua del hombre
cuando no miente chochea.
Me miró de arriba abajo,
los ojos como dos piedras
de diamante: «Rafael,
que ya está bien. Lo que tengas
que decirme me lo dices
con la guitarra.»—«¿En tu reja?»
«No. En el palacio del Duque
de los Moriles hay fiesta,
canta la Lola esta noche.
Si tú quieres, toca Heredia.»
Y aquella noche fué Lola
el pasmo de la nobleza
de Sevilla. ¡Qué garganta!...
¿Otra cañita?

DON DIEGO. Y cincuenta.

HEREDIA. Cantó y bailó, don Dieguito.
¡Qué asombro! Yo...

DON DIEGO. Tú.

HEREDIA. Yo era
don José María Nadie
con la guitarra, hasta aquella
noche en que aprendí el secreto
del toque.

DON DIEGO. ¿Cómo?

HEREDIA. Seis cuerdas
con sus seis tornillos tiene
la guitarra; aire y madera
es lo demás. Con un poco
de trabajo y de paciencia
se hace con ella ruido
para que baile un hortera
en domingo. Si usted añade
algo de estudio y de ciencia
toca usted a Gunó, y a Eslava,
y a Chopín, y los babiecas
se asombran. Si usted se obstina,
ya es la guitarra una orquesta.
Total, música.

DON DIEGO. ¿Y es poco?

HEREDIA. Es mucho; pero no llega
a toque hondo. El flamenco
no es música, sino lengua
del corazón. La guitarra,
en la copla y la falseta,
importa por lo que dice,
y nunca por lo que suena.
Pero en la guitarra sólo
se dicen cosas flamencas.
¿Me comprende usted?

DON DIEGO. No mucho.
Pero no olvides el tema
de Lola y tú.

HEREDIA. A lo que voy.
Cuando terminó la fiesta,
por las calles de Sevilla
la acompañé, hasta la puerta
de su casa y, de camino,
volví a requebrarla. Ella,
después de escucharme un rato
me dijo: —«Si tú quisieras
ser mi guitarra.» —«¿No más
que un instrumento de cuerda,
un hombre?, Lola, eso es poco.»
—«Y más de lo que tú piensas.
Eso o nada. Elige.» —«Quien
elige lo que le dejan,
no elige; pero se aviene
a la razón, compañera»,
le respondí. Desde entonces
seguimos la misma senda.
Eso es todo. Yo camino
al lado de esa tormenta
de mujer y me consuelo
—si el mal de muchos consuela—
sabiendo que es fuego Lola,
que arde, pero no se quema;
vino que no se emborracha,
y mar que no se marea.

Ella es la copla; en la copla
mujer, y diamante fuera.
Yo la acompaño, acompaño
su canción. Afina, templa.
Heredia, por soleares;
por seguidillas, Heredia.

ESCENA IV

DICHOS y LOLA

DON DIEGO. Lola.
LOLA. Don Diego.
DON DIEGO. ¿Te vas?
LOLA. A Sevilla. Heredia...
(Dirigiéndose a Heredia, que se va a marchar)
HEREDIA. Lola...
LOLA. ¿Dónde vas?
HEREDIA. Vengo en seguida.
LOLA. Estate aquí.
HEREDIA. Vuelvo ahora.
(Se va.)

ESCENA V

LOLA y DON DIEGO

DON DIEGO. ¿Qué tienes con ese hombre?
LOLA. ¡Yo! Nada.
DON DIEGO. Pues ¿qué te importa
que se vaya o que se quede?
LOLA. ¿A mí?... ¿Y a usted?...
DON DIEGO. Poca cosa.
Pero... parece que no
quieres que hablemos a solas.
LOLA. Al contrario...
DON DIEGO. Escucha.
LOLA. Escucho.
DON DIEGO. ¿El irte a Sevilla ahora
te es muy preciso?
LOLA. Bastante...
DON DIEGO. Hay un contrato.
LOLA. Se borra;
se anula.
DON DIEGO. Di mi palabra.
LOLA. ¡Firma el Rey!...
DON DIEGO. Firma la Lola.
Si yo indemnizo a la empresa
y le busco, además, otra
figura del cante que
te sustituya...

LOLA. ¡Qué cosas
dice usted! ¡Si la que tiene
empeño en cantar ahora
en Sevilla soy yo!

DON DIEGO. Bueno.
Donde hay una oferta hay otra
Yo te necesito aquí.

LOLA. Aquí, ¿en el campo?

DON DIEGO. Y en Córdoba,
en mi casa. ¿Eso qué vale?

LOLA. No vale nada.

DON DIEGO. Perdona;
¿qué cuesta? Porque valer...
no hay oro en la tierra toda
para pagarlo.

LOLA. Don Diego,
usted ¿me vende... o me compra?

DON DIEGO. No te entiendo.

LOLA. Yo a usted, sí.
Quiere usted una cantadora
para usted solo.

DON DIEGO. A una... no
a la única.

LOLA. Sin broma:
Gracias, don Diego. Yo no
valgo tanto. Además...

DON DIEGO. Lola
Además, tienes razón;
pero... además ¿qué te importa?

LOLA. *Deja que la gente diga...*
(Tarareando una copla.)

DON DIEGO. Acaba, acaba la copla.
En queriéndonos los dos,
pase la gente...

LOLA. Esa es otra,
¿querernos también?

DON DIEGO. Escucha:
No es mi pretensión tan loca.
Quererte... yo.

LOLA. ¿Y yo?

DON DIEGO. Dejarte
querer. Tener una hermosa
casa en la ciudá. En el campo
fincas; vestidos y joyas...
No rodar más por el mundo;
no tener que cantar cosas
para que la gente goce
mientras, acaso, tú lloras
Y todo mientras tú quieras;
con una condición sola:
la de no engañarme.

LOLA. Nunca
he sabido engañar.

DON DIEGO. Choca.

Cuando te canses, me dejas;
si de alguno te enamoras
me lo dices y te vas;
no te detendré, ni en contra
del que tú quieras, palabra
oirás jamás de mi boca;
ni él sabrá, si tú lo callas,
el que yo a ti te conozca.
Sé leal. Y, en cambio, vé
pensando qué se te antoja.

LOLA. ¿Y usted no se cansaría?

DON DIEGO. No me queda tiempo, Lola.

LOLA. A mí sí.

DON DIEGO. ¡Mala!

LOLA. Por buena
he de decirle estas cosas.
Usted, quiere la verdad,
y va usted a saberla toda.

DON DIEGO. ¿Quieres a alguien?

LOLA. No, señor.
No quise a nadie hasta ahora,
ni pienso que he de querer
a ninguno de esa forma.
Nací entre esos olivares,
me crié como la alondra,
cantando de rama en rama;
cien leguas a la redonda
dice la gente que nadie
canta mejor que la Lola
Con eso tengo bastante.

DON DIEGO. ¡Te mantines de la gloria!

LOLA. ¡Qué gloria ni qué ocho cuartos;
me mantengo de mis coplas,
que son muy bonitas!

DON DIEGO. ¿Quién
te las enseñó?

LOLA. Yo sola
las aprendí; el cante es agua
manantial.

DON DIEGO. Bien.

LOLA. Y brotan
en el pecho de la gente
cuando ríe o cuando llora.
El caso es saber sentir;
lo demás tiene muy poca
importancia. ¿Usted no ha visto,
en la Sierra de Cazorla,
nacer el Guadalquivir
entre piedras, gota a gota?
Pues así nace un cantar,
como el río, y baja a Córdoba
y a Sevilla, hasta perderse
en la mar tan grande y honda.
Ese es también mi camino:

¡paso libre!...

N DIEGO. Pero todas
las artistas luchan por
la fortuna; son muy pocas
las que, al fin de mil trabajos,
un vago bienestar logran.
Si yo te lo doy, ya ves
el camino que te ahorras.
El descanso.

LA. No lo quiero,

N DIEGO. La fortuna...

LA. No me importa.

N DIEGO. La vida...

LA. Eso no, mi vida
ya le he dicho a usted que es otra.

N DIEGO. ¡La mala vida!

LA. ¡Oiga usted!...

N DIEGO. La vida malsana y rota
que hace de la noche día,
la alegría de unas copas,
y al fin...

LA. ¡Pronto llegó el fin!

ON DIEGO. Pronto y mal. Mírate en todas.
El hospital...

OLA. No me asusta.

ON DIEGO. La miseria.

OLA. No me asombra.

ON DIEGO. Las penas...

OLA. Las necesito.

ON DIEGO. ¿Para qué?

OLA. Para mis coplas.
Pero a usted no le parece
que ya está bien... A otra cosa,
don Diego.

ON DIEGO. A otra cosa, no;
aun es tiempo, reflexiona.

OLA. Gracias... pero yo no canto
en jaula si me la forjan
de oro y brillantes.

DON DIEGO. ¡Chiquilla!

OLA. Y déjeme usted que corra
mi suerte, que, buena o mala,
será mía y no de otra.
Y ahora llámeme usted a Heredia,
que nos vamos.

DON DIEGO. Tu persona
está más segura aquí
que en un altar. A su hora
os iréis. Yo voy a dar
a haza de las Toronjas
un vistazo. Es lo mejor
de esto, y... ¿Por qué no te montas
a la grupa del caballo
y vemos la finca toda?

LOLA. ¿Qué dirían los pastores?
DON DIEGO. Que llevaba a la Pastora
de Capuchinos.
LOLA. ¡Hay gracia!
Pero a mí más me acomoda
estarme quieta.
DON DIEGO. A tu gusto.

ESCENA VI

DICHOS. PACO y MERCEDES

DON DIEGO. Paco, Mercedes... La Lola
(Los criados acuden.)
y Heredia son ahora aquí
los amos.
PACO. A mandar.
DON DIEGO. Corta
tú del jardín las mejores
flores, claveles y rosas,
y ve haciendo un ramo. Yo
vuelvo pronto. Que dispongan
el coche para las cinco,
con la *Romera* y la *Torda*
PACO. Descuide usted.
DON DIEGO. *(Aparte, a Lola.)*
Bueno. Y tú
medita bien...
LOLA. Hasta ahora
(Don Diego se va por el foro.)

ESCENA VII

LOLA, MERCEDES y PACO

(Lola se sienta junto a la mesa, apoyando en és el codo, y la cabeza en la mano, pensativa, mea tando, soñando. Paco y Mercedes la contempl con admiración, simpatía y respeto. Dudan acercarse y hablarle. Se miran entre sí, Merced se aleja hacia el jardín. Paco se acerca, poco, poco a Lola y se decide a hablarle.)
PACO. *(Dirigiéndose a Lola y prorrumpiendo en u verdadero grito de admiración que el respeto los señores, y principalmente a su amo, le h hecho dominar hasta ese momento; porque—cla está—Paco y toda la servidumbre del corti unos descubiertamente y otros a hurtadill han oído cantar a Lola la noche anterior.)*
¡Olé las mujeres barbis!
LOLA. ¡Qué coplas cantó usté anoche!...
PACO. ¿Le gustaron a usté?...
¡Bueno!

Yo soy un hombre muy hombre,
pero cada lagrimón
así lloraba.

ERCEDES. *(Volviendo de echar una ojeada a las flores del jardín, que llegan hasta la misma puerta del fondo, y animada por la amable sencillez de Lola, al contestar a su marido.)*
¡Y el toque!
¡Heredia tiene en las manos
la gloria!

OLA. *(Contenta.)*
¿Verdad?

ERCEDES. *(Naturalmente obsequiosa y agradecida a la llaneza y afabilidad de la gran cantadora, y cumpliendo con el mayor gusto el encargo de Don Diego.)*
¿Qué flores
le gustan a usté más? ¿Rosas
de musagran, de las dobles,
de la bandera española,
de musgo, de té?...

OLA. No corten
para mí nunguna...

ACO. ¿No?
Y a don Diego ¿quién lo oye?

ERCEDES. Y más, que usté se merece
el jardín entero.

OLA. Entonces
mientras yo vuelvo por él,
déjelo usté y no lo toque.
(Estas palabras de Lola rompen completamente el hielo y dan valor a los caseros para rodearla cariñosamente y hablarle ya sin empacho, aunque siempre con respetuoso afecto. Ella escucha con una sencillez amable, pero siempre como abstraída y lejana.)

ACO. ¡Poco dura la alegría
en la casa de los pobres!

ERCEDES. ¡Ya se van ustedes!...

OLA. *(Distraída.)*
Ya...

ACO. ¡Si yo tuviera millones!...

OLA. ¿Qué haría usted?...

ACO. No dejarla
que se fuera.

OLA. Pero ¡hombre!
¿qué iba a hacer aquí?...
(Al decir esto Lola recuerda que aquí, como en otras partes, ella podría ser el ama, y piensa, además, que no quiere serlo ni le importa.)

ACO. ¡Enseñarle
el cante a los ruiseñores!
Más solitos que la una
nos quedamos esta noche...

MERCEDES. Y el señorito Luis,
que vendrá... ¿No lo conoce
usté?

LOLA. *(Siempre abstraída.)*
No.

PACO. El chiquillo es guapo...

MERCEDES. *(Con entusiasmo y cariño profundo por el chacho, a quien ella ha criado a sus pechos.)*
¡Más simpático! ¡Más noble...
el pobrecito!...

PACO. Su padre,
Don Diego, el amo, se pone
a veces con él furioso...
No congenian.

MERCEDES. Se conoce
que al muchacho no le tira
el campo... El trae sus librotes
de Sevilla, y se le pasa
leyendo, en claro, una noche,
a lo mejor.

PACO. Y otras veces
los abre y los tira; conque...

MERCEDES. *(Disculpando siempre, maternal, al muchacho.)*
Que como aquí no salimos
de arache, cavache, el pobre
se aburre... Por más de que
le gusta hablar con los hombres
y las mujeres del campo...

PACO. Sí. ¡Más que con los señores!
Eso es verdad.

MERCEDES. ¡Es que es tan bueno,
tan bueno!

PACO. No estoy conforme:
cá oveja con su pareja.

MERCEDES. *(Que quiere cortar la conversación, porque marido no habla de José Luis como ella quisi corta unas flores del jardín y se las muestr Lola, para quien empieza a hacer un ramo m nífico.)*
¡Mire usté qué palmerones
más bonitos!

LOLA. Mucho.

MERCEDES. Y ésta
es de limón.
(Otra clase de rosas.)

LOLA. ¡Qué desmoche!
(Resignada con cierta pena a la tala del jardí

PACO. *(A Mercedes, comprendiendo el juego de ésta aludiendo a Luis.)*
Puede ser que yo lo quiera
más que tú.

MERCEDES. *(Si es muda revienta.)*
¡Eso sí que no!

Después de la santa aquella
que fué su madre, ninguno
más que yo...

CO. *(Vencido.)*
¡Vaya, que sea!
(Y luego, buscando otra salida y aludiendo a la novia del señorito.)
La señorita Rosario...

RCEDES. *(Interrumpiéndole vivamente.)*
Lo querrá... de otra manera.
Porque va a ser su mujer.

LA. *(Que empieza a interesarse en la conversación.)*
¿Sí?

RCEDES. Si Dios no lo remedia.
(Dice esto como para sí y casi sin querer.)

CO. ¿Qué dices?
(Escandalizado a su vez.)

RCEDES. Digo... que no
sabe ella lo que se lleva.

CO. ¿Que no sabe? ¡Pues es poco
lista!

LA. ¿Sí?

CO. ¡Poco resuelta!
(Paco, que en el fondo quiere también mucho al señorito de casa, admira más a la futura ama, es partidario entusiasta de Rosarito, quizás porque tiene menos confianza y familiaridad con ella.)
¡Eso es una señorita
de verdad!

LA. *(Con cierta sorna.)*
¡Vaya!

ACO. *(Entusiasta y contundente.)*
¡Completa!
Aire, planta, señorío....

LA. ¿Guapa?

ERCEDES. Y sabiéndolo ella.

ACO. Más fina, ¡más elegante!...
Vestida como una reina...

ERCEDES. Y... orgullosa.

ACO. Puede estarlo
de su persona y su hacienda.
(Dirigiéndose a Lola, oficiosamente explicativo y panegirista de Rosorio.)
Su madre, prima segunda
del amo de acá... Una vieja
que no sabe lo que tiene
en olivares y dehesas;
desde que quedó viuda
vive aquí, junto de nuestra
cortijada, en una casa
de que ha hecho un palacio, ¡ella!,
la muchacha.
Dices tú

(A Mercedes.)
orgullo... ¡no! Ella quisiera
ver en su novio otra cosa...
pero lo quiere ¡y es buena,
como nadie!

MERCEDES. *(A regañadientes.)*
Yo no digo
que no...

LOLA. *(Interrumpiendo rápida y decisiva con esa rividencia sentenciosa de la gente del pueblo daluz inteligente.)*
Ni que sí. A la fuerza
ha de ser una persona
buena o mala. ¿Y la que sea
regular?

MERCEDES. *(Contenta con la aquiescencia de Lola, en la hay, no cabe negarlo, un poco de antipatía s consciente hacia la señorita en cuestión.)*
Es lo que yo
decía.

PACO. *(Echándolo a broma.)*
¡Gracia!

LOLA.
Es de veras.
Vamos a ver, ¿esa niña
qué ha hecho para que se sepa
que es tan buena? Mala, ¡claro!,
no lo va a ser la que lleva
una vida de regalo,
joven y rica... queriéndola
todos. Pero no hay razón
para que se diga de ella
que es buena... porque no es mala,
ni mala, porque no es buena.

PACO. El natural se conoce...

LOLA. Cuando hay ocasión.

ROSARIO. *(Se oye fuera la voz de Rosario, imperativa.)*
(Desde el foro.) Que metan
el coche en el cobertizo
de abajo y que me lo tengan
siempre listo.

ESCENA VIII

DICHOS y ROSARIO, apareciendo en la puerta del jardín y saludan

ROSARIO.
¡Buenas tardes!
(Al reparar en Lola hace seña a Paco de que acerque, y le dice.)
Oye, Paco, ¿quien es ésta?

PACO. *(Que ha acudido oficioso y solícito.)*
La Lola, la cantaora
famosa...

L.

(A Mercedes, que ha permanecido a su lado.)

CEDES.

¿Es ella?

Sí, ella.

(Paco y Mercedes se retiran y se van por el fondo hacia el jardín.)

ESCENA IX

ROSARIO y LOLA.

ARIO.

Me suena el nombre de usted.

A.

No es extraño: tantas Lolas
tiene el mundo...

ARIO.

¿Como usted?

A.

Ninguna: no hay dos personas
iguales.

ARIO.

Quiero decir
que como artista de nota...

A.

Gracias.

ARIO.

Me era conocido
su nombre, y el verla ahora
me agrada.

A.

Gracias.

ARIO.

¿De paso?

A.

De Linares para Córdoba,
Sevilla y Cádiz; después,
donde Dios quiera.

ARIO.

No es poca
fortuna la de mi tío;
tener ruiseñor y alondra
por noche y mañana, en una
garganta de cantaora,
para él solo.

LA.

El se merece
eso y más. Don Diego me honra
con su amistad; es decir,
con su afición a mis coplas.
Le gusta el canto, aunque ya
mi canto no está de moda.

SARIO.

¿De veras? ¿Y es cante hondo
lo de usted?

LA.

Así lo nombran.

SARIO.

Confieso que nunca pude
tararerar cuatro notas.

LA.

Se explica. ¡Como si yo
me pongo a cantar Dinora!
A una mujer de su clase
no le va el flamenco, cosa
popular.

SARIO.

¡Esas canciones
tan tristes, tan angustiosas,
tan desgarradas...

LOLA.

También
hay un flamenco en compota,
un moruno catalán,
gitano de Badalona
para gente fina. Usted
se lo sabrá de memoria.

ROSARIO.

De eso no entiendo.
¿Y usted?

LOLA.

Sola por el mundo, ¿Lola?
Solita, o acompañada
de un guitarrista que toca
lo que yo canto, el maestro
Heredia, buena persona.

ROSARIO.

Es triste esa vida...

LOLA.

¿Sí?

ROSARIO.

Supongo yo. Peligrosa
al menos.

LOLA.

¡Qué quiere usted!
Yo no la cambio por otra.

ROSARIO.

¡Siempre entre gente del bronce!

LOLA.

Mi padre tenía en Córdoba
una fragua, allí aprendí
que los metales se doblan,
se rompen, y que es más fuerte
que el hierro el aire que sopla
y aviva el fuego.

ROSARIO.

¡Es usted
valiente!

LOLA.

No sé. Hasta ahora
me hice respetar. Las gentes
que andan por el mundo solas
—del bronce, como usted dice—
me conocen ya y me toman
tal cual soy. A una mujer
que cuando canta una copla
les da lo mejor que tiene,
¿a qué pedirle otra cosa?
Y si lo piden—no es raro
que pida quien tiene boca—
yo les digo: para eso
tenéis muje es de sobra
a la vuelta de la esquina,
y les canto, y se conforman.
Así es la gente del bronce.

ROSARIO.

Líbreme Dios de la otra.

LOLA.

¿De cuál?
De la formalita.
Esas criaturas babosas,
que sólo han visto mujeres
en pintura, si se antojan
de una mujer, dicen siempre
¿cuánto vale?, y no perdonan
que una mujer no se venda,
porque ellos todo lo compran.

ARIO. ¿Usted no cree en el cariño,
en el querer de sus coplas?
A. El querer y el olvidar
del cante, ya es otra cosa.
Eso es verdad, por lo menos
mientras se canta y se toca.
De querer a no querer
hay un camino muy largo,
y todo el mundo lo anda
sin saber cómo ni cuándo...,
dice la copla.

ESCENA X

DICHOS; JOSÉ LUIS y HEREDIA, por la puerta del fondo.

SÉ LUIS. *(Que al llegar al cortijo se ha encontrado con Heredia en la puerta del camino y sabe por él que está allí Lola, la famosa Lola, de quien tanto se habla en toda Andalucía, se detiene con Heredia en la puerta del fondo a escuchar a Lola y a contemplarla con admiración y simpatía, y visiblemente impresionado por su belleza y su gracia, dice desde allí.)*
La copla
pudo decir lo contrario.
OLA. *(Volviendo rápidamente la cabeza hacia la puerta, y dándose instantáneamente cuenta de quién es el nuevo personaje.)*
¡Oiga!... También.
OSÉ LUIS. *(A Heredia, adelantándose hacia Lola.)*
Pero Heredia...
¿No me presenta?
EREDIA. *(Con mucha cachaza.)*
Volando.
(Dirigiéndose a Lola.)
El señorito José
Luis, el hijo del amo
de esta casa.
OLA. *(Con viveza y cierta coquetería.)*
Ya lo sé.
OSÉ LUIS. *(Encantado y sorprendido.)*
¿Cómo?
OLA. *(Indicando que era fácil adivinarlo.)*
¡Bah!...
(Inclinándose graciosamente.)
¡Por muchos años!
OSÉ LUIS. *(Dirigiéndose afectuoso y natural a Rosario.)*
¿Tú estabas aquí con ella?
(Como quien dice con la maravilla del cante.)
ROSARIO. *(Displicente y afectando no dar a Lola la menor importancia.)*

Hace poco que he llegado
y, mientras alguien venía...

LOLA. *(Enterada y recogiendo la alusión.)*
Yo... la he entretenido un rato.
Pero, ahora, el mandamiento:
no estorbar. Heredia, vámonos
tú y yo al jardín, mientras llega
el coche.

JOSÉ LUIS. ¡Si es tan temprano!

ROSARIO. Si ellos quieren...

JOSÉ LUIS. *(Indicando que los deje marchar.)*
(Ingenuo, entusiasta y sin fijarse en el enfado su novia, a Lola.)
No se vaya
usted... Diles, tú, Rosario,
que no se vayan.

ROSARIO. Por mí...
(Aparte a José Luis.)
No comprendo tu entusiasmo.
(Alto a Heredia y Lola.)
Quédense... No estorban.

JOSÉ LUIS. *(Sin fijarse en la impertinencia de su novia.)*
Lola.

LOLA. ¿Qué?

JOSÉ LUIS. Lola...

LOLA. *(Riendo.)*
Me llamo.

JOSÉ LUIS. *(Animado por la bondadosa alegría de Lola.)*
Si usted fuera tan amable
que aquí, solitos los cuatro,
nos cantase usted la copla
que más le guste...

LOLA. *(Mirando a Rosario.)*
Es el caso
que... ahora...

ROSARIO. *(Interviniendo apresuradamente para desviar la atención de José Luis a Lola y descartar a ésta de la conversación.)*
He venido a verte
y a tu padre, porque el sábado
tenemos comida en casa,
de gala... Como es el santo
de mamá... Vendrán los duques
de Lora, Villafernando,
Monte-Rosa... en fin, los viejos
amigos de siempre y varios
nuevos; entre ellos el príncipe
de Lortic, y un diplomático
extranjero, no sé ahora
de dónde... Están invitados
a pasar aquí unos días,
en casa, y es necesario
que me ayudéis a ofrecerles

alguna fiesta de campo
para distraerlos.

SÉ LUIS. *(Queriendo desentenderse del asunto y hacer la conversación general.)*
Bueno;
mi padre es quien te hace al caso.

OSARIO. *(Insistiendo en acaparar su atención.)*
¡Y tú! Aquí tienes el croquis
de la mesa. Ve mirando

SÉ LUIS. *(Repasando distraído el papel que ella le ha puesto en las manos.)*
El príncipe... la duquesa...
Curro Lara... Pura Baños...
el general Paz... ¡Soberbio,
están muy bien colocados!
(Le devuelve el papel sin acabar de leer.)
¡Lo que se va a hablar aquí
de perros y de caballos,
del Padre Flores, de modas,
de Kiriki y de Cagancho!
Prometo mi ausencia.

OSARIO. *(Molesta.)*
¡Pepe!

SÉ LUIS. *(Entre bromas y veras.)*
O me iré con los criados
a la cocinilla...

OSARIO. Pero,
¿cómo eres así?

SÉ LUIS. Rosario...
Me cargan los señoritos
de nuestra tierra. Son vanos,
fríos de cuello... Confunden
la ligereza de cascos
con la gracia; la indolencia
con la elegancia. Esos gansos
que desprecian cuanto ignoran
—y son el Espasa en blanco—
no me interesan.

OSARIO. Tú...
(Iba a decir: tú también eres un señorito.)

SÉ LUIS. *(Interrumpiéndola y hablando siempre «ex-abundantia cordis».)*
Aquí,
muy arriba, o muy abajo.
El pueblo es fino, sensible,
y, a su modo, aristocrático.
Trabaja como ninguno,
pero lo hace cantando,
y, más artista que obrero,
se ufana del resultado,
no del sudor que le cuesta:
de la obra, no del trabajo.
¿Verdad?
(Dirigiéndose a Heredia.)

HEREDIA

Y tan verdad, que aquí
se dejan tratar de vagos
por no confesar que están
todo el día currelando.
(Pausa. Vacila antes de hablar de sí mismo pero al fin se suelta y lo hace con convicción y firmeza.)

Y yo de mí sé decir
—lo mío es distinto, ¡claro!—
pero... que me paso a veces
horas y horas buscando
las cosquillas a esta buena
sonanta.
(Señalando la guitarra.)
Y cuando le arranco
una palabrita nueva,
que dice bien con el canto,
por el hombre más feliz
que usted vea no me cambio.
(Pausa y transición.)
Pero, ¿qué le importa a nadie
lo que me costó lograrlo?

JOSÉ LUIS.

(A Lola, cordialmente.)
Y usted, Lola, usted, ¿qué dice?

LOLA.

Yo... no digo nada. Canto.

JOSÉ LUIS.

(Agarrándose a la palabra con vehemente alegría.)
¡Pues venga esa copla!... Heredia,
¿qué hace usted? *(Es decir, ¿cómo no coge ya la guitarra?)*

HEREDIA.

(Con mucha calma.)
¿Yo? La acompaño.
¿No lo ve usté? Si ella canta,
toco; si calla, me callo.

LOLA.

(Empezando con amable parsimonia la explicación que luego sigue.)
Escuche usté, don José...

JOSÉ LUIS.

Don José, ¡no! Yo me llamo
José Luis. Y si usted
me dice Pepe... encantado.

LOLA.

(Continuando en tono afectuoso y persuasivo, que encalabrina más y más al muchacho.)
Pues, bueno... Usted no se enfada,
Pepe... Pero quiero tanto
yo a mis coplas, que las sigo,
de que salen de mis labios,
como a palomas que vuelan
de ramita en rama... Y cuando
noto que hay alguien que no
las mira bien, me las callo...
Me parece que se van
a lastimar... y no canto.
Usted me comprende...

SÉ LUIS. *(Entusiasmado.)*
la comprendo. Sí, ...
(Va a decir: la admiro, cuando...)

OSARIO. *(Que está molestísima, deseando cortar aquella conversación, interviene con tono provocativo y duro.)* Acaso
dice usted eso por mí...

OLA. *(Tranquila.)*
Por usté lo digo, ¡es claro!
Pero tiene usté razón.

OSARIO. ¿...?

OLA. Usté ha venido a escucharlo
a él y no a mí.

OSARIO. *(Con tajante impertinencia.)*
Ya nosotros
lo tenemos todo hablado:
y usted no es inconveniente
para nada.

OLA. *(Con imperceptible sorna.)*
¿No?

OSARIO. Sí, en tanto
que vuelve mi tío él quiere
oírla cantar un rato,
debe usted darle ese gusto,
que él satisfará de largo,
como es debido, y ustedes
no lo perderán.

OSÉ LUIS. *(Alarmado y chocado por el tono despectivo de su novia.)* ¡Rosario!...
Que Lola y Heredia son
mis huéspedes.

ROSARIO. ¿Yo les hago
la menor ofensa? Ellos
¿no viven de su trabajo?
¡Pues se les manda cantar,
se les paga y terminado!

JOSÉ LUIS. ¡Lola!... Perdónela usted...
(A Rosario, con mal contenida indignación.)
A un regalo otro regalo
corresponde, y al artista
no le ofende el aceptarlo.
Pero, ¡pagar!, no hay quien pague
las cosas bellas...

ROSARIO. ¡Romántico!
Ellos piensan de otro modo.
¿Verdad?
(A Lola, con descarada impertinencia.)

LOLA. Verdad. Por dos cuartos
canta un ciego.

ROSARIO. *(Que ha ido demasiado lejos.)*
Yo no he dicho...

LOLA. Y por nada canta un pájaro.

HEREDIA. Y todavía le sale,
al que no le gusta, caro.

ROSARIO. *(Suavizando algo, pero insistiendo siempre en señalar la diferencia de clases y en colocar a los artistas a distancia.)*
No es eso. Precisamente
yo pensaba ahora invitarlos
para estos días en casa.

LOLA. Gracias. Tengo otro contrato.
En Sevilla.

ROSARIO. Como usted
quiera. Pero aquí le dábamos
lo que allí.

LOLA. Gracias. Su tío
ya quiso que nos quedáramos.

ROSARIO. Y si por dinero fuera...
Ya, ya...
(A José Luis.)

JOSÉ LUIS. ¡Tu padre es fantástico!
(Con vehemente disgusto.)

ROSARIO. ¿Qué dices?

JOSÉ LUIS. Nada...

ROSARIO. ¿Insinúas?...
¿Yo? No. Ella, en todo caso...
(Sinceramente indignado José Luis va a decir algo muy duro a su novia.)

LOLA. *(Previniéndolo.)*
Déjela usted. No me ofende.
Los que por el mundo andamos
tenemos que oír de todo...

JOSÉ LUIS. No, ¡Lola!

LOLA. Sin contestarlo.
(Y, mirando fijamente a Rosario, añade:)
Cuando se vive, se sufre
y se goza, hay bueno y malo;
hay amigos y enemigos,
horas tristes, buenos ratos...
y los peligros mayores
no están en los dichos agrios.

JOSÉ LUIS. *(Inquieto y extrañado.)*
¿Qué dice usted?

LOLA. Que es usted
muy noble y muy buen muchacho...
Y yo le agradezco mucho
lo que hace. Pero es el caso
que usté aquí ha venido a ver
a su novia, y le estorbamos.

ROSARIO. *(Que coge al vuelo toda la ironía de las frases de Lola, porque ha sido ella la que ha venido a la casa del novio y la que se muestra violenta con la presencia de Lola, dice con mal disimulada furia:)*
Protéjame usted ahora.

OLA. Como usté a mí antes.

OSÉ LUIS. *(Enojadísimo con su novia.)*
Vamos.
Rosario; lo que tú haces
no es noble ni delicado.

OSARIO. *(Furiosa.)*
Eso, eso... ¡Insúltame
por tus flamencos!...

OSÉ LUIS. ¡Rosario!

OLA. *(A José Luis.)*
¿Ve usté cómo yo tenía
la razón? ¡Heredia, andando!...
(Y seguida de Heredia se encamina a la puerta, a tiempo que aparece en ella Don Diego, que vuelve del campo. Lola está más hermosa que nunca.)

OSÉ LUIS. *(Siguiéndola unos pasos, la llama.)*
¡Lola!

OLA. *(Se vuelve desde la puerta y, deteniéndole con la mirada, le responde;)*
¡Pepe!

ROSARIO. *(Que ve ir a su novio tras de la otra, sin poderse contener, lo llama desolada.)*
¡José Luis!

ESCENA XI

DICHOS. DON DIEGO, acompañado de PACO, el casero, que se retira prudentemente al oír el tono en que su amo comienza a hablar. Más adelante de esta escena, cuando se oye sonar la guitarra, para que Lola cante, se ven aparecer en la puerta del fondo: Primero, PACO y MERCEDES; luego, varios campesinos y capataces de la finca.

DON DIEGO. *(Poniéndose delante de Lola, como para detenerla. Lola se vuelve entonces hacia el proscenio.)*
¿A dónde vas? ¿Qué ha pasado?
(Interrogando a todos con la mirada y notando la alteración que cada uno disimula, más o menos. Don Diego, que viene ya avisado de la llegada de su hijo, para cuyo carácter y modo de ser tiene una de esas incomprensiones casi absolutas, más frecuentes de lo que parece, de una generación a otra, decide para sí que José Luis ha cometido alguna grosería, inconveniencia o desabrimiento con Lola, y, sin más averiguaciones, se encara con el muchacho, lleno de violencia.)
¿Qué ha pasado?... Desde luego
me figuré que en llegando
tú aquí... Y al saber que estabas
puse a galope el caballo.
Pero, por lo visto, tarde
piache... ¿Sabes, mentecato,
cómo hay que tratar a esta
mujer? ¿Qué le has dicho? ¡Vamos!

¡Alguna sandez, alguna
impertinencia!... ¡Es un sabio
el niño, y todos los niños
de ahora!... Y con saber tanto
no saben nunca mostrar
la cortesía, el agrado
precisos; y más a una
mujer; y, mucho más, cuando
es una artista como ésta,
única, admirable.

JOSÉ LUIS. *(Tranquilo.)* Estamos
conformes.

DON DIEGO. Pues a pedirle
perdón.

JOSÉ LUIS. Ahora.

DON DIEGO. *(Sin oírle.)* ¡Volando!

LOLA. Pero yo no lo perdono.

DON DIEGO. *(A Lola, suplicante.)*
¡Mujer!...

LOLA. *(Tranquila y suave.)*
Porque no ha pecado,
ni aquí ha sucedido nada
de particular. Estábamos
impacientes... por la vuelta
de usted. Y al ir a asomarnos
al jardín...

DON DIEGO. Tú eres muy buena,
Lola... Pero estos muchachos
no saben hablar a una
mujer sin hacer el ganso.
(Airado, a su hijo.)
Si has venido... para eso,
podías haberte estado
en Sevilla.

JOSÉ LUIS. *(Decidido y pensando en Lola, cuyas cosas l seducen cada vez más, sin que él pueda remediarlo ni darse cuenta de un modo claro.)*
Allí me vuelvo
esta noche.

ROSARIO. *(Alarmada ante esta decisión.)*
¡Pepe!...

DON DIEGO. *(A quien su hijo le molesta y estorba ahora más que nunca.)* ¡Andando!
Y Lola se queda aquí
como una reina.
(Dice esto como para enmendar la supuesta conducta de su hijo; en el fondo con la esperanza de retener a Lola.)

LOLA. No falto
yo a mi palabra.

DON DIEGO. *(A ella, insistiendo con vehemencia.)*
¡Esta noche
siquiera!...
(Lola hace un signo negativo.)

¿Tú lo has pensado
bien? ¡Estoy loco!...

LA. *(A él, sonriendo tranquila.)*
Lo veo.

ON DIEGO. ¡Todo lo que quieras, cuanto
poseo!
Don Diego...

LA. *(Esperanzado.)* ¿Qué?

ON DIEGO. *(Serena e irrevocable.)*

LA. Que está muy bien empleado.

OSARIO. *(Que observaba ansiosa el aparte de su tío con Lola, temiendo que ésta se quede, se decide a declarar lo ocurrido.)*
Tío, ¿quiere usté escucharme
a mí una palabra?...

ON DIEGO. *(Volviendo a la realidad, un poco confuso, y reparando, quizás por primera vez, en Rosario.)*
Vamos...,
sobrina..., ¡perdona! Todo
lo que quieras... Vengo dando
lecciones de cortesía
y a ti ¡ni te he saludado!
Pero es que...
(Mirando todavía encolerizado a su hijo. Pero Rosario lo lleva aparte y, por las exclamaciones de Don Diego, se comprende que ella le cuenta, un poco a su modo, cómo han sucedido las cosas: se queja de José Luis y de Lola, y, finalmente, solicita su ayuda para que José Luis se quede al santo de su madre, y el mismo Don Diego. José Luis, por su parte, aprovecha el momento para acercarse a Lola, que, al otro extremo, hablaba con Heredia. Este se retira al fondo y desde allí observa, comprende y sonríe, dispuesto a intervenir en el momento oportuno. Por las respuestas de Don Diego a Rosario se comprende: Primero, que estaba muy lejos de sospechar la verdad; segundo, que ve clara su plancha; tercero, que, enamorado de Lola, va a reprochar a su sobrina su actitud, pero comprendiendo los celos de ésta, y, por disimular los suyos, no lo hace; cuarto, que la conducta real de su hijo, defendiendo a Lola, le molesta mucho más que las torpezas o groserías que él le había supuesto, y quinto, que abraza decididamente la causa de Rosario, que es también la suya, para hacer que su hijo se quede sobre todo, una vez convencido de que Lola se va.)

ROSARIO. *(A Don Diego.)* .....

DON DIEGO. Ah, ya.

ROSARIO. .....

DON DIEGO. Pero... entonces...

ROSARIO. .....

DON DIEGO. Y tú ¿por qué?...

ROSARIO. .....

DON DIEGO. Claro... ¡Claro!

LOLA. *(A José Luis, con cierto interés afable no exe de conquetería.)*
¿Conque vive usted en Sevilla?

JOSÉ LUIS. Y ¿qué hace usté allí?...
Acabando
mi carrera.

ROSARIO. *(Siempre a Don Diego, acabando una frase.)*
... ella la culpa.

DON DIEGO. *(Protestando en favor de Lola y desahogando ira contra el chico.)*
¿Ella? ¡No! Ese mamarracho...
Pero ¡tú verás!

JOSÉ LUIS. *(Sigue hablando con Rosario bajo.)*
(A Lola, procurando cierta intimidad con el seducido por su proximidad.)
¿Por qué
le dijo usted a Rosario
aquella copla?...

LOLA. *(Sin contestar directamente.)*
Y usted,

JOSÉ LUIS. ¿por qué dijo lo contrario?
(Un poco aturdido.)
No sé... Me salió del alma,
sin pensar. Pero, pensándolo...

DON DIEGO. *(A Rosario, por José Luis.)*
Miren ese cena a oscuras,
el soñador, el romántico...

JOSÉ LUIS. *(Siguiendo su tema con la cantadora.)*
¿No le parece a usted, Lola?

LOLA. *(Con naturalidad, apartándose un poco de él.)*
No lo sé. No me ha pasado
nunca.

JOSÉ LUIS. ¿Nunca?

LOLA. *(Con firmeza.)*
Nunca.

JOSÉ LUIS. *(Entre tímido y atrevido.)*
¿Y...
Heredia?

LOLA. *(Serenamente.)*
Heredia es mi hermano
de arte, mi *tocaor*,
mi guitarra.

DON DIEGO. *(A Rosario, que le ha dicho lo del santo de su madre.)*
Sí, sí, el sábado.

ROSARIO. .....

DON DIEGO. ¿Yo?... No sé... Pero él, seguro
lo tienes.
(Por José Luis y dándole cariñosas palmaditas.)
¡Pierde cuidado,
celosilla! ¡No faltaba
otra cosa!

ROSARIO. Mas...

DON DIEGO. Yo mando.

(Y, efectivamente, decidido a ordenar a su hijo que se quede, interrumpe, entre paternal y malhumorado, la conversación de éste con Lola, diciéndole:)
Bien, caballerito; basta
de palique.
(Y luego, aparte a José Luis, con severidad y enfado.) Eres un necio...
Está Rosario enojada,
¡con razón! A toda costa
tienes que desagraviarla.
(Y dirigiéndose con dulzura a Lola, que contrasta con su dureza para el hijo.)
Y tú, Lola..., ven acá.
Fué de otra clase la falta
de este mozo, a lo que entiendo,
y me inclino a perdonarla,
si tú también...

OLA. ¡Si yo no
tengo que perdonar nada!

ON DIEGO. Pues no se hable de ello más.
(Y a su hijo, con campanuda severidad.)
Y... aprende tú que, en tu casa,
la persona de tu huésped
para ti ha de ser sagrada.

OSÉ LUIS. *(Con cierta sorna.)*
¿Para mí?

ON DIEGO. *(Airado.)*
Naturalmente.
¿Qué quieres decir?

OSÉ LUIS. *(Conteniéndose y aprovechando para reiterar su deseo de irse.)* Pensaba
en irme ahora mismo.

ON DIEGO. *(Apresuradamente.)* ¡No!
El que se marcha mañana
a Sevilla soy yo...

JOSÉ LUIS. *(Indignado y viendo el juego de su padre.)*
¿Cómo?

ROSARIO. Tío...

DON DIEGO. *(Sin mirar a su hijo y contestando más bien a Rosario.)*
Asuntos de importancia
vitalísima.

JOSÉ LUIS. *(Terco y decidido.)*
Pues yo
no me quedo.

DON DIEGO. *(Furioso.)* Tú te callas
y obedeces...
(Disimulando luego un poco su cólera.)
Ya has oído
que tienes que acompañarla
estos días y ayudarla...
(Por Rosario.)

JOSÉ LUIS. Yo no entiendo una palabra
de fiestas de campo...

DON DIEGO. Eso
es lo de menos... Tú hablas
con el mayoral, José
Dolores, para las vacas
y los becerros; Guerrero,
el picador, de las cuadras
puede sacar hasta doce
caballos.

ROSARIO. Con menos bastan.

DON DIEGO. *(Realmente espléndido, pero atento a captar la sobrina, y a que la fiesta sea importante, p que José Luis no pueda zafarse. Sabido es las fiestas de campo en Andalucía, en los g des cortijos y dehesas, comportan generalm el acoso y el derribo o el toreo a pie y a cab de vaquillas y becerros bravos.)*
Los que tú quieras. Aquí,
sobrina, tú eres el ama.
¡No faltaba más!

(Y dirigiéndose a José Luis, con amenazad grandilocuencia y seriedad campanuda, que c trasta cómicamente con la finalidad oculta de discurso.) Y, tú,
ya es hora de que te hagas
al campo y a sus faenas.
¡El absentismo es la plaga
de Andalucía y la muerte
de nuestra riqueza agraria!
¡Hay nada más cursi que esos
labradores... que no labran!...

JOSÉ LUIS. *(Recalcitrante y angustiado por la decisión de padre.)*
¡Yo me voy! ¡Usted quería,
padre, que yo me marchara
antes!...

DON DIEGO. *(Autoritario.)*
Pues ahora te quedas.

JOSÉ LUIS. Y...

DON DIEGO. *(Implacable.)*
Yo te lo mando. ¡Y basta!

(José Luis va a responder desesperado, echá dolo todo a rodar. Pero Heredia, que previendo momento de intervenir ha llenado de vino un copas durante la última parte del diálogo, D adelanta con una caña en cada mano y terc oportunísimamente, diciendo:)

HEREDIA. Bueno... que sea motivo
para tomar una caña
esta buena compañía
... y la pena de dejarla.
(Y dando una copa a Don Diego, le dice bajito

No se precipite usted,
don Diego.
(Y volviéndose a José Luis para darle otra caña:)
Tenga usté calma,
mocito.
(Y llevándole un poco aparte y señalando a Lola, sentada junto a la mesa y a la parte del cielo que se ve al fondo.)
¿Ve usté el lucero
de la tarde? Más lejana
está de nosotros esa
mujer que ve usté ahí sentada.
(José Luis lo mira y mira a Lola.)
Coja usté un rayo de sol;
detenga usté una palabra
que se fué; abrace usté el mar,
y córtele usté las alas
al viento... Todo eso es
más fácil que sujetarla.

JOSÉ LUIS. *(Asombrado.)*
¿Por qué?

HEREDIA. Porque ella se va
siempre. Es como el río; pasa
y no vuelve nunca atrás
su corriente.

JOSÉ LUIS. ¡Pero arrastra!

HEREDIA. Al barco que no gobierna
y al sujeto que no nada.

JOSÉ LUIS. *(Mirando a Lola entusiasmado.)*
Pues yo me voy a Sevilla
a oírla.

DON DIEGO. *(Que ha oído lo de ir a Sevilla.)*
¿Tú?

LOLA. *(Levantándose decidida y serena y haciendo una seña a Heredia. Este toma la guitarra de la silla donde la había dejado.)*
No hace falta.

DON DIEGO. *(Amenazador, a su hijo.)*
¿Qué dices?

JOSÉ LUIS. Que yo también
tengo asuntos de importancia
en Sevilla.

ROSARIO. *(Alarmadísima.)*
¡Pepe!

DON DIEGO. *(Por José Luis.)*
Nunca.

JOSÉ LUIS. ¡Bueno!
(Desafiando la ira del padre.)

HEREDIA. *(Rasgueando en la guitarra y señalando a Lola.)*
Vamos a escucharla.

LOLA. *(Se sienta y habla unas palabras con Heredia.)*
Esta es la última copla
que canto yo en esta casa.

Heredia...
(Este se inclina y ella le indica lo que ha de toc

HEREDIA. *(Asombrado.)*
Un cante tan grande
que...

LOLA. Me está hirviendo en el alma.
Por soleares

HEREDIA. *(Entusiasmado, a los demás.)*
La madre
del cante. ¡Y la antigua! ¡Vaya!
Don Diego... Usté que lo entiende...
(A José Luis.)
¡Va usté a oír lo que no canta
ya nadie!
(Indicándole que se siente a un lado hacia do está Rosario.)
Así... Una mijita
más lejos.
(A Don Diego.)
Y usted, aquí.
(Al lado de él.)

LOLA. *(Mientras Heredia templa.)*
Vaya
por ustedes todos...
(Mirando a Rosario.)
Si
usté no me lo rechaza.

ROSARIO. ¿Yo?...
(Algo desconcertada.)

DON DIEGO. Lola...

JOSÉ LUIS. *(Con entusiasmo.)*
¡Lola!

HEREDIA. *(Con autoridad de artista verdaderamente lit gica.)*
A escuchar.
Silencio. La Lola canta.

LOLA. *(Cantando acompañada a la guitarra por H dia.)*

De querer a no querer
hay un camino muy largo,
y todo el mundo lo anda
sin saber cómo ni cuando.

(Apenas han empezado a sonar la guitarra y primeras notas del cante, han aparecido en la pue del fondo: primero, PACO *y* MERCEDES, *luego, rios campesinos, que, so pretexto de venir a sus cuentas, vienen efectivamente a oír a Lol a admirar a la mejor cantaora de Andalucía. P a poco se van entrando de puntillas y sombrero mano, manteniéndose siempre a distancia res tuosa del grupo de los señores, que no repara ellos. Oyen religiosamente, y cuando Lola aca de cantar se retiran hacia el fondo dando muest de entusiasmo; pero no se van. Quieren gozar*

la presencia de ella hasta el fin y desp dirla a su modo.)

N DIEGO. *(Sin poder contener su entusiasmo a la Lola, con vehemente enamoramiento.)*
¡Olé mil veces tu boca!
¡Bendiga Dios tu garganta!
(Al oído de ella, que sonríe sin hacerle caso.)
¡De perlas he de cubrirla!
Heredia, ¡otra copa!

REDIA. Gracias.
(Acercándose a José Luis, que inclina la cabeza ocultando su emoción.)
Pero ¿qué es eso? ¡Está usté
llorando! ¡Si no me extraña;
si a mí mismo me sucede!...

SÉ LUIS. *(Un poco avergonzado.)*
Se me saltaron las lágrimas...

EREDIA. *(Deja discretamente a José Luis y dirigiéndose a Rosario.)*
¿Me atreveré a preguntarle
a usted, señorita?...

SARIO. *(Adelantándose leal a declarar.)*
Canta
admirablemente.

SÉ LUIS. *(A Lola, suplicante.)*
Yo
me pasaría escuchándola
la vida... ¡Otra copla!

OLA. *(Levantándose.)*
No.
Porque no necesitara
usté viajar para oírme
he cantado. Y... ahora ¡en marcha,
Heredia! Llegó el momento.
(Y se dirige a la puerta, pero José Luis la detiene un momento.)

OSÉ LUIS. *(Bajo a Lola.)*
Pero... mi padre... mañana...

OLA. *(Parándose en seco.)*
Mañana y siempre yo sé
lo que quiero.
(Sigue andando.)

OSÉ LUIS. *(Queriendo todavía detenerla y complicando a Heredia.)*
¡Ah! ¡No se vayan!

HEREDIA. *(Mirando a Lola, que ha decidido irse sin esperar un momento.)*
Estamos aquí a gustísimo.
Pero es tarde. El tren no aguarda
y...
(Consultando su reloj. En este momento, atravesando el grupo de campesinos que se abre a un lado y a otro, se presenta el cochero Fernando y dice:)

FERNANDO. El coche.

LOLA. *(Amablemente seria.)*
Don Diego, adiós.
(Volviéndose al muchacho, con sincero acento gratitud y simpatía.)

JOSÉ LUIS. José Luis, muchas gracias...

LOLA. ¿No la veré a usted?...
A mí
me ve y me oye el que me llama
para cantar... o el que toma
en el teatro su butaca.

ROSARIO. *(Desde lejos y disparando su último tiro, pero y sin convicción y casi involuntariamente.)*

LOLA. Y... ¿nadie más?
(Con serena dignidad.)

ROSARIO. Nadie más.
(Acercándose a ella, vencida por la grandeza a esta mujer, que se va—dejándole el campo libre—sin ceder a sugestiones de interés, de amor, a nada.)

LOLA. ¿Me perdona usté?
(Siempre magnánima.)

ROSARIO. De nada.
(Que quiere, sin embargo, explicarse, disculparse.)

LOLA. Yo creía...
(Interr mpiéndola.)

ROSARIO. Usted creía.

LOLA. Yo pensaba...
Usté pensaba...
De los malos pensamientos
Dios nos libre.
(Y esboza el gesto de hacer una cruz en la frente de Rosario.)

ROSARIO. *(Realmente conmovida.)*

LOLA. ¡Lola!
(Termina el gesto, signándose ella misma en la frente.)

DON DIEGO. Basta.
(Reparando en los grandes ramos de rosas que tienen en las manos Mercedes y Paco, cortadas del jardín por orden suya.)
¡Las rosas, llevar las rosas
al coche!...
(Paco y Mercedes salen con las rosas a dejarlas en el coche que se supone junto a la misma puerta, pero que no se ve.)

LOLA. *(Al ver las flores.)*
¡Dios mío! ¡Cuántas!
(Lola y Heredia, acompañadas por Don Diego y José Luis y Rosario, llegan a la calle que a un lado y a otro colocados han formado junto a la puerta los campesinos. Don Diego repara en ellos e interpela bruscamente a Paco.)

DON DIEGO. Y éstos, ¿qué hacen aquí ahora?

'O. *(Disculpando y e plicando.)*
Que... como están terminadas
las faenas, vienen los
capataces de las hazas
a rendir cuentas.

N DIEGO. *(Nervioso y malhumorado por la marcha de Lola.)*
¡Qué cuentas
ni qué!... A fisgar y a escucharla
han venido.

JÉ LUIS. *(Intercediendo.)*
¿Y qué mal hay
en ello, padre?

N DIEGO. *(A José Luis, agrio)*
Tú, calla.
(A Lola al oído.)
Que no hay remedio, ¡te vas!
Yo te buscaré mañana
en Sevilla.

LA. ¿A mí?
(Y sigue hacia fuera sin mirarlo.)

EREDIA. *(Al pasar junto a Don Diego.)*
Don Diego,
¿ve usted lo que yo le hablaba?
(Como diciendo, ¿ve usted cómo ella se va siempre?)

ON DIEGO. *(Empeñado.)*
Ya veremos.

EREDIA. *(Saliendo.)*
Dijo el ciego.

MPESINO 1.° *(Al pasar Lola.)*
Yo le traía esta mata
de sándalo.
(Se la ofrece; ella la toma sonriendo.)

AMPESINO 2.° *(Dándole unos resedas.)*
Resedanes...

AMPESINO 3.° Y yo... estas flores de jara.

OLA. *(Tomándolas y sonriendo amablemente a todos.)*
Gracias.

AMPESINO 1.° A usté, ¡reina!

OLA. Adiós.
(Sale y se supone que ha subido al coche.)

AMPESINO 1.° ¡Viva la que mejor canta
en el mundo!

AMPESINO 3.° ¡Dios bendiga
a la alegría y la gracia
de Andalucía!...

JOSÉ LUIS. *(Atravesando el grupo y con acento verdaderamente conmovido.)*
Adiós, ¡Lola!

DON DIEGO. *(Deteniendo a su hijo y dirigiéndose al cochero, que va a partir.)*
Cuidado, Fernando...

FERNANDO. *(Dentro.)* ¡Alza!
¡Romera! ¡Torda!...

CAMPESINO 2.°

Ellas van
orgullosas con su carga.
(El coche ha partido. Se oyen sus campanill cada vez más lejanas. Es casi de noche. Todar desde la puerta dice:)

JOSÉ LUIS. ¡Adiós!... Allá van...

CAMPESINO 1.° *(Agitando su pañuelo de hierbas.)*

JOSÉ LUIS. ¡Adiós!
Ya doblan por la cañada...
Ya no se ven...

DON DIEGO. *(Que se ha colocado a ora junto a la ventan donde se supone que se ve el último recodo del c mino que se alcanza desde la casa.)*
Aún se oye
el coche.

CAMPESINO 1.° *(Acercándose respetuoso a Don Diego y dándo un papel arrugado, que saca de la faja.)*

DON DIEGO. Nostramo...
(Volviéndose malhumorado y leyendo distraída mente el papel.)
Vaya...
a fanega por olivo.
Está bien...
(Llamando a Paco, que acude solícito desde l puerta.)
Paco... Despacha
tú a toda esa gente... Yo
no tengo hoy tiempo... ni gana
(Paco hace señas a los campesinos y los reún aparte: pero uno de ellos, el más próximo a Don Diego, se dirige a éste y empieza a decirle:)

CAMPESINO 2.° Los recentales...

DON DIEGO. *(Despachándolo sin oírle.)*
Sí, sí...

CAMPESINO 3.° A Paco
(Al que tiene al lado.)
Aquí ya no cantan
más que los grillos... Manuel,
vámonos pa la majada.
(Y unido a los demás, salen todos por el fondo lentamente llevados por Paco, no sin mirar un momento todavía en la dirección que ha tomado el coche de Lola. Va anocheciendo rápidamente. Se diría que la noche viene a grandes zancadas.)

ESCENA XII

ROSARIO, JOSÉ LUIS y DON DIEGO, este último junto a la ventana.

JOSÉ LUIS. *(Mirando a la puerta del fondo, por donde se ve el cielo estrellado y se adivina el campo en sombra.)*
¡Cómo ha venido la noche!

ARIO. *(Que estaba sentada en la silla que ocupó Lola, se levanta y se acerca lenta y tímida a José Luis, que parece abstraído y ausente, y poniéndole una mano en el hombro.)*

¿No quieres llegar a casa...
a ver a mi madre?

É LUIS. *(Maquinalmente, como despertando de un sueño y mirando la silla que acaba de dejar Rosario.)*

Bueno...

N DIEGO. *(Desde la ventana, por donde mira siempre al campo.)*

¡Sí, sí! Yo iré luego...

(Rosario va a hablar. Pero José Luis la detiene con un gesto y escucha suspenso.)

¡Calla!...
Parece que vuelve a oírse
el coche.

(Pausa, escuchando.)

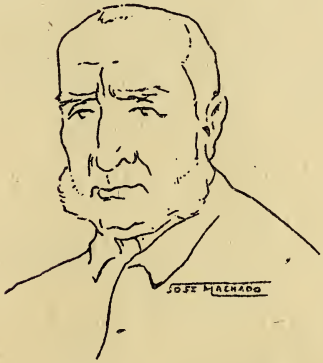
Ya no...

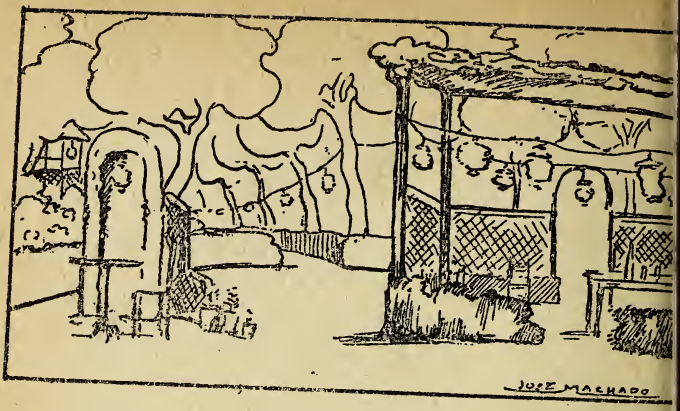
(Otra pausa.)

Ya... nada.

(Ahora sí que es completa e inopinadamente de noche.)

TELÓN





ACTO SEGUNDO

La escena representa una glorieta del jardín de una venta sevillana, orill del río. A la derecha, un cenador grande hacia el primer término, e donde está dispuesta la mesa del convite y al cual se entra por el fon do que es el jardín. A la extrema izquierda otro cenador pequeño delante del cual hay un banco propio del sitio. Entre uno y otro ce nador se abre una senda que va hacia el fondo del jardín. A uno y otro lado del jardín se ven luces que corresponden a otros cenado res, hasta perderse en la lejanía, que se supone llega hasta la orill del río. Es de noche y, por lo tanto, puede haber un gran efecto e las luces y colores.

ESCENA PRIMERA

HEREDIA (dormido) y LOLA

LOLA. Heredia...
(Tocando suavemente a Heredia que duerme apoyada la cabeza en uno de los veladores del cenador de la izquierda.)
Heredia...
(Aparte.)
Dormido.
¡Rafael!
(Con voz más fuerte.)

HEREDIA. Lola.
(Despertando súbitamente.)

LOLA. ¡Despierta, demonio!

HEREDIA. Si no dormía.

A. Como un lirón.

EDIA. Pues Minerva
mande a su mochuelo. Soy
el mismo insomnio.

A. ¿Qué piensas
de lo de ayer?

REDIA. Lo de ayer...
es lo de siempre, mi reina:
que nos vamos de Sevilla,
o a Sevilla se la llevan
a San Baudilio.

A. ¡Gracioso!

REDIA. Y con camisa de fuerza.

(Mirando a Lola y recitando con cierto énfasis.)

Mujer, quien dijo mujer
dijo ciclón y tormenta:
por donde pasa la Lola
el aire relampaguea.

LA. ¿También tú haces coplas?

REDIA. No;
pero escucha la falseta.
(Tocando en la guitarra.)

LA. No está mal... Más alto .. Así:
(Cantando.)

Dijo ciclón y tormenta,
Mujer, quien dijo mujer...

REDIA. Es cante bravo; más fuerza.

LA. La ensayaremos despacio.

REDIA. Adivíname al poeta.

LA. Algún mocito encendido,
como castillo de feria.
Juegos de pólvora. No es
mala, pero no me llena
esa copla.

EREDIA. A mí me gusta;
tiene pasión y sentencia.

LA. Es cante de señorito.

EREDIA. Verdad; pero de la tierra.

LA. Una copla—cuando es copla—
es más que un arco de iglesia,
cosa muy seria.

EREDIA. Conforme;
pero por algo se empieza.

LA. ¿Piensas que las coplas se hacen
con estudio y con paciencia?

EREDIA. No. Como el cante y el toque,
también la copla se lleva
en el corazón. El arte
consiste en echarla fuera.
Arte difícil; por eso,
si uno canta, cien berrean.

LOLA.

El arte de echar al viento
el corazón, ¡qué faena
más grande!

HEREDIA.

De eso sabemos
algo tú y yo.

LOLA

¡Viva Heredia,
mi tocador, la guitarra
más grande que hay en la tierra!
La verdá es que yo te quiero,
Rafael... A mi manera.
¿Crees tú que yo te cambiaba
por la sinfónica?

HEREDIA.

¡Aprieta!

LOLA.

Y hoy estás guapo.

HEREDIA.

¡Graciosa!
Vengan piropos.

LOLA.

(Volviendo a tono serio.)
¿De veras
crees que debemos marcharnos?
La razón...

HEREDIA.

Si tu cabeza
no es un remate de adorno
para lucir la peineta,
reina del cante, ¿por qué
esas preguntas superfluas?

LOLA.

¿Y adónde vamos?

HEREDIA.

A Cádiz,
a Sanlúcar... donde quieras.

LOLA.

La Lola se va a los Puertos...
(Cantando.)
No, no, la Lola se queda
en Sevilla. ¿Qué te asusta,
cobardón?

HEREDIA.

La nube negra
que se echa encima... ¡Y va a ser
agua clara lo que llueva!

LOLA.

Será vino.

HEREDIA.

Echalo a broma.
Don Diego, con dos bateas
de cañas de manzanilla
de más en el cuerpo, llega
esta noche, y con la espuma
de Sevilla: Paco el Breva,
Panza Triste, Chipiona,
Corta-el-Hipo (gente buena
que lo escolta), en compañía
de Don Narciso Galerna,
un ricacho, el rey del corcho.

LOLA.

¡Del corcho!

HEREDIA.

De las botellas.
Dos comparitos del brazo
que se apuntalan si llega
el trance de andar. Don Diego,

propicio a cualquier violencia,
sabe Dios lo que cavila.
Ayer me dijo: diez leguas
vendo de olivar y compro
a mi Lola una diadema.
¿Qué me dices?

LOLA. Que así acaban
los latifundios.

HEREDIA. Chochea
el pobre. Y el niño...

LOLA. ¿Quien?
¿José Luis?

HEREDIA. El poeta...
Cuando un señorito hace
cantares, señal que almuerza
cada tres días. Al niño
el padre lo tiene a dieta;
y el niño, que está más loco
que el padre y que siete espuertas
de gatos, jura y perjura
que va a haber una tragedia
de las que ya no se ven
más que en figuras de cera.
¡Es gracioso!

LOLA. ¿Tiene gracia,
verdad? Pues, aguarda: ella,

HEREDIA. la novia, la Rosarito,
despechada—y no está fea,
por cierto—después que el novio
le dijo: *niña, a otra puerta,*
vino a Sevilla a espiarlo.
Y allí donde lo ventea
va mi Rosarito.

LOLA. ¿Sí?

HEREDIA. Se acabó la damisela
de marras. Una mujer
celosa es una pantera.
(Pausa.)
Filosofía: Dios hizo
el mundo con arte y ciencia
Lo vió y dijo: no está mal.
Y no estaba mal. La Tierra
en su sitio, quieta y firme
(algunos dicen que rueda,
yo no lo creo), y el Sol,
y la Luna, y las estrellas
en su sitio, y a su hora
dando vueltas y más vueltas
sin tropezarse: un reló
con una máquina buena.
Y se echó a dormir. Después
vino lo de Adán y Eva
en su jardín, la alegría
de un matrimonio sin suegra,

y la manzana y la sierpe;
la esaborición aquella
que hizo Caín con su hermano;
el diluvio, y las almejas
que se ahogan, y la torre
de Babilonia y... etcétera,
las cosas que tú y que yo
aprendimos en la escuela.
Lo importante fué que un día
dijo San Pedro: Me suena
el mundo a caldera rota.
Señor, ¿qué pasa en la tierra?
—Asómate y lo verás.
San Pedro asomó la jeta
al mundo, mientras reían,
al verle la chichonera
tan venerable, con ganas,
los angelitos.—No quiera
usted saber lo que pasa,
dijo el santo. ¡Qué tristeza!
—Tú eres un rancio, Perico,
mira bien. —Que ya no quedan
dos onzas de sal! —¿Qué dices?
—Y se acabó la pimienta

LOLA. ¡Qué gracioso! Tiene gracia
San Pedro.

HEREDIA. Si te interesa,
prosigo.

LOLA. ¡Claro!

HEREDIA. —En Europa
—siguió San Pedro—canela
del mundo, en la misma España
que era su parte más recia,
todo se americaniza,
se desustancia, y de fuera
viene todo: cante, música,
juegos, bailes y peleas,
que lo castizo se acaba
y día vendrá en que venga
hasta el agua del bautismo
de Yankilandia en botellas.
Todo se democratiza,
barato y a la carrera
se hace todo, porque nada
vale un pepino; las perlas
que hizo usted tan despacito
hoy se fabrican por gruesas.
Ya todo es uno y lo mismo.
El sexo es una entelequia.
Los hombres y las mujeres,
como ellos dicen, se encueran
por menos de nada y... nada,
ni notan sus diferencias.
—Eso es muy grave, Perico.

—Y tanto. —¿Qué me aconsejas?
—Que se haga usted el distraído
un momentito y que vuelva
la serpiente y que les hable,
y a ver si esta vez se enteran—,
dijo el santo.—No se pierde—,
dijo el Señor, la inocencia
dos veces. Será mejor
darle una forma flamenca
al mundo. ¿Qué te parece?
—Que usted sabrá. —Pues, espera.
Tomó el Señor un granito
de sal fina, de la buena,
y dijo: por una vez
trabajo en día de fiesta.
Haré una mujer de lujo
que todo el mundo la quiera
y no quiera ser de nadie,
a ver si el mundo se ordena
por el querer, y las ducas
del querer las canta ella.
¡Hágase la Lola! El sol
se anubarró, las estrellas
se asomaron, como boba
se quedó la luna llena,
locos como siete cabras
cruzaron siete cometas.
Surgió la Lola. El Señor
le dijo: date una vuelta
por el mundo.
(Pausa.)

LOLA. ¿Y qué pasó
después, Rafael?
(Con interés, después del silencio de Heredia.)

HEREDIA. No quieras
saberlo.

LOLA. Acaba tu cuento.

HEREDIA. Que el Señor echó su siesta
como siempre, pero tuvo
que despertar. ¡Qué tormenta!
¡Qué pasa, Perico! Nada.
Que el Universo chochea,
que se le fué a usted la mano
en un granito de esencia.

ESCENA II

LOLA, HEREDIA y ROSARIO

HEREDIA. *(A Lola, por Rosario que llega por una de las sendas que desembocan en la glorieta y en cuya actitud se nota una mezcla de arrojo, de inquietud y de extrañeza del medio, que ella trata de disimular.)*

Ya ves...
(Y luego, adelantándose sonriente a salud Rosario.)
Pero... ¡señorita!

ROSARIO. ¿Usté aquí?
Sí, Heredia, sí.

HEREDIA. ¿Le extraña?
No... pero... aquí
a estas horas ¡y solita!

ROSARIO. *(Hablando con fingida volubilidad que r su excitación.)*
Sola, no. Con un puñado
de amigos trasnochadores
que hasta aquí se han arrojado
conmigo, y han ocupado
uno de esos cenadores.
De entre ellos me escabullí,
pensando que encontraría
a mi tío por aquí...
(Dirigiéndose a Lola.)
Y que con él estaría
usted... No me esperaría
usted, de fijo.

LOLA. *(Con tranquila serenidad que contrasta con excitación de Rosario.)*
Yo, sí.
Y antes que venga Don Diego,
—que por suerte aun tardará
un buen ratito—usted va
a decirme—desde luego
sin temor de que me asombre—
lo que hasta aquí la ha traído.
(Rosario, un poco desconcertada, vacila, y cu do va a hablar Lola la detiene, añadiendo.)
Pero, antes... sepa que el hombre
que usted busca no ha venido.
Ni vendrá...

ROSARIO. *(Excitadísima, la interrumpe, agresiva.)*
¿Se lo prohibió
usted?

LOLA. *(La mira en silencio, primero con enojo, luc con curiosidad, al fin con comprensiva simp tía. Y, dirigiéndose a Heredia, que se ha he discretamente a un lado, sin perderlas, sin e bargo, de vista, lo llama.)*
¡Heredia!
(A Rosario, excusándose.)
Un instante.
(A Heredia, que se ha acercado, en voz baj
Déjanos solas.

HEREDIA. *(Algo alarmado.)*
Pero...

LOLA. Descuida.

EDIA. *(Aún inquieto.)*
Mas...
A. *(Decisiva e inapelable.)*
¿Basta o no
con mi palabra?
EDIA. *(Vencido y convencido.)*
Bastante.
(Y Heredia se aleja hacia el cenador de la derecha, detrás de cuyas plantas desaparece.)

ESCENA III

LOLA y ROSARIO

(Las dos mujeres se miden con la mirada. Pero Lola ve claro en el alma de Rosario que apenas puede refrenar su excitación. Para Rosario, en cambio Lola permanece hermética y esto la irrita más y más.)

LA. Yo podría contestar
a usted...
(Es decir, volverle al cuerpo sus impertinencias.)
Y también podría
no contestarle.
(Es decir, despreciarlas.)
Y sería
tal vez lo mejor... ¡callar!
(Variando y dulficando el tono.)
Pero usté ha venido a hablar.
Hable. ¿Qué quiere saber?
¿Qué es lo que puedo yo hacer?
Confíese usted a mí.
¡Ya ha hecho usté, viniendo aquí,
una cosa de mujer.
No se arrepienta. ¡Adelante!
Dígame.
OSARIO. *(Creyendo ver en el tono sereno y aun benévolo de Lola la presunción de una rival segura de su triunfo y queriendo desconcertarla y ofenderla al mismo tiempo.)*
Pero se engaña
si piensa que de su amante
tengo celos.
OLA. *(Con fingido asombro y cariñosa zumba.)*
¡Viva España!
¿Quién es mi amante?
OSARIO. José
Luis.
OLA. *(Como antes.)*
¡Me deja usté absorta!
No sabía...
OSARIO. ¿Niega usté?

¡Pero si a mí no me importa!
¡Si eso ya se quedó atrás!
¡Si acabamos hace un mes,
y a estas horas ni...

LOLA. Ahora... es
cuando usté lo quiere más.

ROSARIO. *(Herida en lo vivo. Desconcertada e irritada.)*
¡Por decoro, aunque así fuera,
no se lo confesaría!

LOLA. *(Con naturalidad.)*
¿A él?

ROSARIO. *(Resignada.)*
¡Ni a usté!

LOLA. ¡Qué tontería!
Yo, ya lo sé. Ahora sería
preciso que él lo supiera.

*(Acercándosele, amable, pero con una aut[illegible]
a cuya sugestión Rosario trata de sustrae[illegible]
vano.)*

Que sin miedo y sin orgullo
se le acercara usté así
y le dijera usté: «Aquí
tienes todo lo que es tuyo.»
Y, sin pensar que le dió
nada, aun añadiera usté:
«Es muy poco, ya lo sé;
¡pero soy todita yo!»

ROSARIO. *(Tratando de evadirse de la sugestión de L[illegible]
dándola ingenuamente de enterada.)*
Con los hombres la lealtad
no es camino.

LOLA. *(Una chispitina despectiva.)*
Para usté
sería una novedad...
Pero, pruebe usté. ¿Por qué
ese miedo a la verdad?

ROSARIO. *(Herida y agresiva.)*
Así puede discurrir...

LOLA. *(Yendo al encuentro de la ofensa.)*
¿Quién?

ROSARIO. La que lo puede hacer
sin miedo a dar qué decir...

LOLA. *(Queriendo llegar hasta el final y pronto.)*
Y sin nada que perder,
¿verdad?

*(Rosario baja un momento los ojos como [illegible]
tiendo: pero sin atreverse a decirlo.)*

ROSARIO. Escuche usté.
(Sosteniendo la mirada de Lola.)

LOLA. La escucho.
Y respóndame sincera.
¿Lo quiere usté mucho?

ARIO. *(Con toda su alma, erguida la cabeza y fulgurantes los ojos.)*

Mucho.

LA. *(Por penetrar del todo en el alma de Rosario y algo quizás en la suya propia.)*

¿Si yo también lo quisiera?

SARIO. *(Loca de celos y estallando de rabia.)*

¡La mataría!

LA. *(Riendo.)*

¡Qué espanto!

SARIO. *(Ciega de ira y sintiendo que Lola juega con ella como el gato con el ratón, saca del bolsillo de mano un pequeño revólver de señora, gritando amenazadora.)*

¿Se burla?

LA. *(Sin inmutarse ni dejar de sonreír le coge la mano y la obliga dulcemente, como si se tratara de un juguete cualquiera, a volver el arma al bolso, atrayéndola al mismo tiempo hacia sí con cariñoso imperio. Rosario no resiste y se deja hacer atónita y confusa.)*

¡Guarde usté eso,
tontilla!... ¡Y deme usté un beso!

OSARIO. *(Asombrada, vencida y a punto de llorar.)*

Yo... ¡Lola!

OLA. ¡Y suelte usté el llanto!

(Y en efecto, Rosario vencida, confusa y quebrantada por la enorme superioridad de Lola cuya grandeza se le impone, cae rendida sobre el banco, llorando sin consuelo, con la cara oculta entre las manos. La pobre niña llora de dolor, de vergüenza, de arrepentimiento, de odio... y de amor por aquella mujer admirable y terrible. Lola respeta un momento aquella pena. Luego, con un gesto maternal, le separa las manos de la cara y risueña y bondadosa, le dice.)

¡Ea, ea, se acabó!
Me quería usté asustar...
¡Porque no me iba a matar
como a un pajarito!...

(Rosario vuelve a bajar la cabeza y a llorar, avergonzada.)

¡Y yo
que le iba a contar a usté
tantas cosas!... Ya no puedo...

ROSARIO. *(A través de sus lágrimas y con irrefrenable curiosidad, comprendiendo que está en juego lo que más le interesa.)*

¡Oh, Lola!... ¿Por qué?

LOLA. *(Sonriendo.)*

Porque
diría que tengo miedo.

ROSARIO. *(Avergonzada.)*

¡Por Dios Santo, no se ría
de mí de ese modo!

LOLA. *(Sincera.)*

¡Oh, no!

ROSARIO. *(Animada por la sencilla bondad de Lola y sando sólo en congraciársela sinceramente.*
¿Miedo usted? ¡No me creería
nadie, Lola!... Ahora soy yo
la que le pide lealtad,
y perdón, humildemente
y...
(Pero de pronto comprende que ningún der tiene a la amistad de la mujer a quien ha que matar hace un momento. Teme, quizás tam que ella se burle y se niegue a franquedrsel sin atreverse siquiera a mirarla se levanta dida a huir, más que a marcharse, diciendo s mente.)

Adiós, Lola.
(Pero Lola, que comprende muy bien lo que en el alma de Rosario, la sujeta por el brazo sienta a su lado en el banco y le dice.)

LOLA. No se ausente.
Va usté a saber la verdad.
(Y desde este momento Rosario queda prend suspensa materialmente de los labios de L Aun antes de que la cantadora hable, Ros sabe ya que todo lo tiene que esperar de ella y el resto de la escena—que entra aquí en su gunda fase—se le entrega en absoluto, realm prendada, enamorada hasta el punto de qu competir con ella en altruismo y generosid Toda rivalidad, toda diferencia de clases qu borrada. Son sólo dos mujeres: mejor dicho, mujer superior y una «señorita» a quien Lola hecho el milagro de convertir en una mujer verdad.)

Porque yo decir la dejo,
que soy—piensa usté de mí—
la amante del joven y
la protegida del viejo.
Pues bueno: ni es nada mío
Pepe—usté sabe que yo
nunca miento—ni su tío
tanto así de mí logró.
Soy buena, no por decir
que lo soy, ni por hacerlo
valer. No llegué a sentir
ganas de dejar de serlo
...porque no llegó el instante,
o porque ha querido Dios
que sea mi amante el cante
y no puedo tener dos.

ARIO. *(Llena de alegría por esta declaración de Lola, y al par de sincero arrepentimiento.)*
¡Lola!... ¡Perdón!

A. No hay que hablar...
Aunque por no pelear
oigo a la gente decir
que canto para vivir,
yo vivo para cantar.
Pero si me enamorara
de un hombre, no me parara
en puntos de orgullo vano
y mi querer le brindara
como un sorbo de agua clara
en la palma de la mano.
Haga usté lo que yo hiciera.
Renuncie usté a ese papel
de niña arisca y ligera.
Y sea usté para él...
lo que pensó que yo era.
José Luis es un niño.
Su pasión, más que pasión,
es un ansia de cariño...
¡Háblele usté al corazón!
Dígale usté que lo quiere
¡si es verdad, si está usté loca
por él; pero que él se entere
que lo escuche de su boca!
Y, si le da a usté vergüenza
de palabra, todo eso,
dígaselo usté en un beso
para que más le convenza.
Y no piense usté que haya
para el amor otros lazos...
¡Si no quiere que se vaya,
sujételo con los brazos!

OSARIO *(Encantada de oírla, temiendo sólo que sepa corresponder.)*
Y él ¿sabrá?...

OLA. Viendo en el fondo
un cariño verdadero,
Rosario, yo le respondo
de que él es un caballero.
¡Pero es un hombre primero!
Y para escoger sería
bueno que, al volverla a ver,
encontrase una mujer
donde dejó un alma mía...
¿Quiere?...

ROSARIO. ¡Pues no he de querer

LOLA. ¡Gracias!

ROSARIO. *(Sospechando que Lola realiza un sacrificio y dispuesta a no consentirlo emulándola en generosidad.)*
¿Por qué?

LOLA. *(Evasiva.)*

ROSARIO. ¡Ah!
Necesito
saber.

LOLA. ¿No puede esperar?

ROSARIO. No, Lola.

LOLA. ¡Y con lo bonito
que es saber sin preguntar!
Quien una alegría tiene
debe de gozarla, nena,
sin mirar de dónde viene...
no se le convierta en pena.

ROSARIO. Yo quiero mirar.

LOLA. ¿Por qué?

ROSARIO. Porque...

LOLA. ¿No está bien así,
que sea bueno para mí
lo que es mejor para usté?

ROSARIO. *(Dispuesta a todas las generosidades, incluso dejarle a José Luis, por poco que ella lo quiera.)*
¡Es que yo también sé darlo
todo por quien debo hacerlo!
Si usté...

LOLA. *(Con leal franqueza definitiva.)*
No quiero quererlo...
Ni sirvo para engañarlo.
¿Comprende?

ROSARIO. Pero él está
loco por usté...

LOLA. *(Añadiendo esta suprema delicadeza a su generosidad.)*
Tampoco,
chiquilla, es eso verdá...
El lo necesita y va
tras el amor como un loco.
Barrunta él en la alegría
del cante algo del querer
que sueña su fantasía...
Pues figúrese usté el día
que lo vea, en la mujer
que ha sido su amor primero,
ese que nunca se cura,
¿verdad ¡nena?...

ROSARIO. Verdad... Pero
¿cómo, usted?...

LOLA. Se me figura...
Lo sé... lo siento... Es decir
—¡qué difícil de explicar!—,
yo siento para cantar
y canto para sentir.
¿Lo entiende?

ROSARIO. No... Pero veo
que es usté mejor que yo.

No.

¡Mil veces!

Eso, no.

Pero... ¿me cree?

La creo.

Entonces ¿va usté a fiarse
ya de mí?

(Con plena confianza y abandono: con fe y entusiasmo.)

¡Sí, Lola, sí!

¿Qué hay que hacer?

Ahora, marcharse;
que no está su sitio aquí.

(Sumisa.)

Bien.

Cuando llegue su tío,
yo misma le avisaré
y, entonces, ya puede usté
volver.

En usté confío.

Desde allí se oirá el estruendo...

¿También... mi tío?...

(Con cómica resignación.)

También,
Rosario...

(Con entusiasmo afectuoso.)

¡Y todos! ¿Y quién
no, Lola?... ¡Y yo lo comprendo!
Con Don Diego no hay apuros...
El va derecho a comprar.
Con él todo es renunciar
a unos millares de duros...
A muchos...

Claro...

Es tan necio
que no ceja en su locura.
Es decir, que él se figura
que todo es cuestión de precio.

(Lola se levanta del banco; Rosario también, dispuesta a marchar hacia el cenador, donde tiene su reunión.)

Vamos... La acompañaré.
No quiero que vaya sola
Pero si la ven a usté,
tendrá que cantar... ¡La Lola!
¡Ahí es nada!

Cantaré.

(Deteniéndose un momento y aludiendo a Jos Luis.)

Si él viniera...

¡No lo quiera
Dios! ¡Su padre le prohibió,
furioso, que aquí pusiera
los pies!...

ROSARIO. *(Suplicante.)*
Pero... si viniera...

LOLA. Allá te lo mando yo.

ROSARIO. ¿Y... si no quiere?

LOLA. Querrá.

ROSARIO. ¿Estás tú segura?

LOLA. *(Sonriendo.)*
Sí.

ROSARIO. ¿Si no fuera?...

LOLA. Mujer, si
no fuera, vienes tú acá.
Porque hay la misma distancia,
y el querer, sin condiciones,
se demuestra con acciones
de humildad, no de arrogancia.

ROSARIO. *(Loca de contento y de confianza en Lola.)*
¡Oh, sí!

LOLA. ¡Acudiendo rendida
al amor tan diligente
como a los ojos la vida,
como el agüita a la fuente,
como la sangre a la herida!...

ROSARIO. *(Encantada y volviendo ex abundantia cor*
al tema del sacrificio generoso.)
Ahora... que si tú...

LOLA. *(Sin querer oír y empujándola suavemente.)*
¡Adelante!

ROSARIO. *(Insistiendo.)*
Mira que...

LOLA. *(Definitiva.)*
¡Vaya por Dios!
¿No te lo he dicho endenante:
que tengo un amante?...

ROSARIO. ¡...!

LOLA. El cante;
y no quiero tener dos.
(Y ambas, de la mano y cogidas por el talle, s
van por la misma senda que trajo Rosario.)

ESCENA IV

Entran HEREDIA y JOSÉ LUIS Durante toda la escena, José Luis, sól
preocupado de su padre y de Lola, da muestras de inquietud, mirand
hacia todos los cenadores; responde a Heredia maquinalmente o co
disgusto e impaciencia. Heredia pretende sacarle de su ensimismamien
to, apartarlo de aquellos lugares y en último término dar tiempo a qu
Lola deje a Rosario entre sus amigos.

HEREDIA. Don Joselito, ¡despacio!
Por muy arrastrao que sea
un padre, es un padre.

JOSÉ LUIS. ¡Claro!

HEREDIA. Y su hijo es siempre su hijo

SÉ LUIS. Si no dice usté otra cosa,
Heredia...

EREDIA. Bastante digo.
Y a ver si hay modo más suave
de decirle a usté que no
le pegue un tiro a su padre.

SÉ LUIS. Estoy loco.

EREDIA No lo creo...
Porque usté lo sabe y es
señal de que está usté cuerdo.
La verdadera locura
es cuando el hombre se cree
con la cabeza segura.
Don Pepito, reflexione;
aun es tiempo de evitar
muchas desaboriciones.
¿Por qué viene usté a esta hora
aquí?

OSÉ LUIS. Perdone usté, Heredia...
Usté sabrá de guitarra
mucho.

EREDIA. Un poco.

OSÉ LUIS. No pretenda
saber de todo.

EREDIA. El que sabe
algo bien, tiene una idea
de lo demás. Yo aconsejo
porque es deber de conciencia
aconsejar; luego, usté
hará lo que le apetezca.
Debe usté irse.

JOSÉ LUIS. ¿Por qué?

HEREDIA. Porque, aunque usted no lo crea,
un joven aquí, esta noche,
es como nn perro en la iglesia.
Es usted muy formalito,
es mucha persona seria
para alternar con borrachos
que pasan de los cincuenta.
Ceda usté el campo a su padre,
deje usted que se divierta
la senectud, ¡pobrecillo!,
ya sentará la cabeza,
y a usté le queda la mar
de tiempo para perderla.
Don Pepito, óigame usté:
Está la noche serena.
Dése usté una vueltecita
del Betis por la ribera;
y ya que hizo usté una copla
regular, haga una buena.

JOSÉ LUIS. ¿Se burla usted?

HEREDIA. No es mi estilo.

Lo aprecio a usted muy de veras,
le tengo ley, y lo veo
seguir una mala senda.
Usté es muy joven, más joven
que yo; para la carrera
un galgo. Su padre es
un caracol de la tierra.
Que él tome por el atajo
mientras el galgo rodea
es natural; y aun así
no puede haber competencia.

JOSÉ LUIS. Mi padre es rico.

HEREDIA. Verdad;
y dispara con monedas
y usted con suspiros. No
le importe esa diferencia.
Filosofía...

JOSÉ LUIS. Cansado
me tiene con sus sentencias,
Rafael.

HEREDIA. Filosofía:
Dos novios tiene una estrella;
uno la ronda en Triana,
el otro, en la Macarena.
¿Quiere usted decirme cuál
de los dos está más cerca?

JOSÉ LUIS. Heredia, es usté un artista
y un sabio; pero no llega
a comprender ciertas cosas
del corazón.

HEREDIA. ¿Usted piensa
que se toca la guitarra
con los dedos? No lo crea.
Los dedos hacen ruido,
rozan y rascan las cuerdas.

JOSÉ LUIS. Con habilidad...

HEREDIA. Se tocan
los fandanguillos de Huelva,
y gracias. Para el flamenco...

JOSÉ LUIS. Se ha menester mucha ciencia.
Conforme.

HEREDIA. *(Con disgusto e impaciencia crecientes.)*
Sabiduría
de aquí
(Señalando al corazón.)
que es saber de penas,
Don Pepito.

JOSÉ LUIS. ¡Don Demonio!...
(Con impaciencia.)
¿Dónde está Lola?

HEREDIA. Muy cerca
y muy lejos. Adivina,
adivinanza...

É LUIS. Ya apestan
sus dichos.

REDIA. ¿Dónde ha de estar
la Lola? De mesa en mesa,
saludando a los amigos.

É LUIS. ¿Y cantando?

REDIA. Sin Heredia
no acostumbra.
(Con aplomo y solemnidad.)

É LUIS. Escuche usted.
(Se oye cantar a Lola.)
«Este agüita fresca,
como la tengo en los propios labios,
y no pueo beberla.»
(José Luis y Heredia escuchan con atención: el primero con complacencia y el segundo con disgusto.)

É LUIS. Filosofía.
(Con zumba.)

REDIA. Que tiene
el mundo muchas sorpresas.
Y, además, que hay seguidillas
que se cantan sin falsetas
ni acompañamiento.
(Lola aparece por el fond del escenario.)
Ahí viene.
Don Pepito: usted con ella.

ESCENA V

LOLA y JOSÉ LUIS

OLA. *(Con seria, pero cariñosa reconvención.)*
¡José Luis!

OSÉ LUIS. Lola...

OLA. Usté
no está en su juicio...

OSÉ LUIS. ¿Por qué?

OLA. ¿Qué busca usté aquí?

OSÉ LUIS. ¿Yo? ¡A ti

OLA. ¿Sabe a quien espero?

OSÉ LUIS. Sí.
Ya lo creo que lo sé.
Y lo detesto.

LOLA. ¡Chiquillo!
Un padre...

JOSÉ LUIS. El hombre que hacía
llorar a mi madre... ¡Había
de ser él, él!...

LOLA. ¡Pobrecillo!
¿Qué le ha hecho?

JOSÉ LUIS. Nada... querer...
no quererte, ¿entiendes?, ¡no!

¿Quererte? ¡No! Apetecer
no más lo que adoro yo.
El, de su soberbia loca
quiere que sean despojos
la frescura de esa boca
y la lumbre de esos ojos.
Pretende manchar, tocar
con su mano, seca y ruda,
lo que su torpe mirar
libidinoso desnuda.
Y aunque ese hombre no ignora
que eso no puede ser suyo,
lo atropella y lo desflora
por capricho de su orgullo.

LOLA. Paso, que él nunca me ha puesto
un dedo encima.

JOSÉ LUIS. ¡Lo sé!
Pero lo intenta y se ve
que no ceja.

LOLA ¡Por supuesto!

JOSÉ LUIS. ¿Y qué?
Que lo mataré
si consigue hacerte suya,
y me mataré después.

LOLA. ¿Y a mí?

JOSÉ LUIS. ¡A ti no! ¡Y eso que es
al cabo la culpa tuya!

LOLA. ¡Mía!

JOSÉ LUIS. De tu cobardía,
de tu miedo de querer.

LOLA. ¡Tiene gracia! Eso sería
tirarse por no caer.
No es ninguna tontería:
Dinero y...

JOSÉ LUIS. No es el dinero
lo que te importa, no; tanto
no te importa, que no quiero
decirte yo mismo cuanto
dinero a tus pies echara,
sin contarlo y en montón
si el dinero te cegara...
Pero tú no eres avara
más que de tu corazón.
Tú huyes sólo de querer
y te pierdes por salvarte.
Te vendes, para no darte.

LOLA. ¡Paciencia! ¡Cómo ha de ser!
No se quiere usté enterar
de que no puedo tener,
siendo yo el propio querer
un querer particular.
Y, sin embargo, es así...
por sobra de corazón.

JOSÉ LUIS. ¿Te burlas?

LA.

¡Lejos de mí!
¿Cuánto dura una ilusión?

SÉ LUIS.

La vida.
Si no se alcanza.

LA.

SÉ LUIS.

Y después...
Pero... ¿no es
más bonita la esperanza...

LA.

¿Qué?
que no tiene después?

SÉ LUIS.

O... acaso...

LA.

SÉ LUIS.

¡Dígalo ya!
Haya por medio otra cosa.

LA.

SÉ LUIS.

¿Cuál?
Dímelo.

LA.

SÉ LUIS.

Usté sabrá;
que no soy yo la celosa.

LA.

SÉ LUIS.

Celos...
Son unos recelos
de la mente acalorada.
Si son algo, no son celos.
Si son celos, no son nada.
Quien así habló no sentía...
No le digo que algún día
no caiga yo... Pero en tal
caso...

LA.

SÉ LUIS.

¿Qué?
Siempre sería
con un hombre de mi igual
No lo hay.

LA.

SÉ LUIS.

¡Ya se inventaría!
Heredia...

LA.

SÉ LUIS.

Sí... ¿Por qué no
Heredia? ¿Qué tiene usté
que decir de Heredia?

LA.

SÉ LUIS.

¡Oh!
yo... nada.

LA.

SÉ LUIS.

¡Pues ya se ve!
Un artista ¡como yo!...
Pero...

LA.

SÉ LUIS.

Ya sé la lección.
Y si llega la ocasión...

LA.

SÉ LUIS.

Lola...
La aprovecharé.
Pero, ahora escúcheme usté
a mí también mi sermón.
Me puede usté tutear,
puesto que así lo desea,
y no me voy a enfadar...
Tanta gente me tutea
sólo de oírme cantar.
Puede llamarse mi amigo,
si no le rebaja ser
amigo de una mujer

que no es de su clase, ¡digo.
que ni lo ha soñado ser.
La bondad que me dispensa
cuando yo nada le ofrezco
se la estimo y la agradezco
más de lo que usté se piensa.
La amistad, la simpatía
que usté ha despertado en mi,
y que era cuanto podía
yo darle... ya se lo di,
Pepe, desde el primer día.
Pero eso de haber pensado
que huyendo de una pasión
me ofrezco yo en el mercado...
Si fuera verdad... razón
de más para estar callado.

JOSÉ LUIS. Pero ¿es verdad?

LOLA. No lo sé.
Pero lo mismo daría.

JOSÉ LUIS. ¿Por qué?

LOLA. Porque no sería
yo nunca de usté, y usté
—si yo lo quisiera un día—
puede que no lo quisiera.

JOSÉ LUIS. ¡Lola!

LOLA. ¿Me quiere usté sola
como a una mujer cualquiera?
¡Quiere a la Lola! ¡Y no fuera
yo, entregándome, la Lola!
Mi vida es cantar. Unida
a un hombre fuera perder
mi vida. Porque querer
de veras es dar la vida.
¿O no?

JOSÉ LUIS. Y el alma, y el ser.
¡Conforme! ¿Quién ha podido
negarlo? ¡Y con alegría!...
Pero es que tú no has querido
comprender... ¡Yo no te pido
tu vida, te doy la mía!
Es bien poco, ¡ya lo sé!,
la pobre vida vulgar
de un muchacho rico que
ni la tuvo que ganar...
Ofrecerte no pensé
con este amor que me abrasa
más que el amparo de un hombre,
el respeto de mi nombre
y el seguro de mi casa...
¿No lo quieres? ¡Bien está!
¿Sueña pasear tu orgullo
el mundo? Vamos allá.
Yo seré un esclavo tuyo.
Adonde quieras iré.

Sumiso te seguiré
donde se te antoje... y
contigo el mundo veré...
¡No, no veré más que a ti!
Que mi profesión es verte,
y mi ocupación mirarte,
y mi delicia escucharte,
y mi destino quererte.
Y... cuando harta de brillar
me dejes en un rincón
tu cabecita besar,
¡también tú oirás un cantar
dentro de mi corazón!

OLA. ¡José Luis!
(Conmovida, a pesar suyo, por el cariño del muchacho.)

OSÉ LUIS. ¡Lola!... Un beso.

OLA. *(Defendiéndose de sí misma.)*
Sería mi perdición
¡y la tuya! Todo eso
no es más que imaginación...
José Luis, ¡no es así
el querer!...

OSÉ LUIS. Qué sabes.

OLA. *(En voz baja y apasionada.)*
¡Sí!
Lo he soñado... y ahora...
(Suplicante.)
¡Oh, no!...
Déjame.

JOSÉ LUIS. ¡Dejarte yo,
sangre!

LOLA. *(Desfalleciente, casi en sus brazos.)*
¿Qué quieres?...

JOSÉ LUIS. ¡A ti,
toda!

LOLA. *(Desasiéndose, en un supremo esfuerzo.)*
¡No!

JOSÉ LUIS. Por convencerte,
nombre, porvenir, fortuna,
...y hasta venganza de una
mujer, que pudo ofenderte,
¡todo te lo doy!

LOLA. *(Volviendo bruscamente a la realidad y recuperando con ella toda su entereza.)*
¡Rosario!
¡Aquí está!

JOSÉ LUIS. *(Extrañadísimo e incrédulo.)*
No.

LOLA. *(Con firmeza.)*
¡Sí!

JOSÉ LUIS. *(Contrariado y admirado a la par.)*
No...

LOLA. *(Persuasiva.)*
¡Sí!
¡Por ti ha venido!

JOSÉ LUIS. *(Negando, incrédulo.)*
¡Por mí!...

LOLA. ¡Corre a verla! ¡Es necesario!

JOSÉ LUIS. ¡Si yo a quien quiero es a ti!

LOLA. *(Que no quiere oírle ya.)*
En el cenador del puente
está.

JOSÉ LUIS. *(Aferrándose a su incredulidad, para disculp en cierto modo, ante sí mismo, su indiferenc por Rosario.)*
¡Bah! Ni puede ser
ella capaz...

LOLA. El querer
hace a una mujer valiente,
y ella ya es una mujer;
porque ha empezado a penar.
¡Ve a verla!

JOSÉ LUIS. ¡No!

LOLA. *(Decididamente.)*
¡Criatura,
que ella te de la ternura
que yo no te puedo dar!
(En Lola ha pasado por completo el moment de desfallecimiento y, en su afecto leal por Jos Luis, sólo desearía la felicidad de éste con Ro sario.)

ESCENA VI

LOLA y JOSÉ LUIS, en la glorieta. En el cenador han ido entrando DOI DIEGO y sus amigotes. Estos son DON NARCISO GALERNA, rico propie tario rural sevillano; una especie de Sileno con patillas blancas de boca jacha, bonachón, gordo y manzanillero; para el vino un tonel sin fondo para la juerga todo alegría y animación; más joven, a pesar de sus se senta, que todos los demás. CHIPIONA, antiguo cantaor retirado, hoy es pecie de secretario, espolique o escudero de Don Diego. PANZA-TRISTE guasón de mala sombra, con ribetes de rufián y de matón, parásito de las juergas, un poco siniestro y amargado. CORTA-EL-HIPO, otro sujetc de la misma calaña, pero bondadoso y alegre. EL MAESTRO BAENA, ricc industrial sevillano, antiguo comerciante de aceitunas. EL NIÑO DEL ARENAL, el torerito de moda, que apadrina Don Diego, muchacho formalito y callado, un poco presumido, pero cortés y serio. Entran en el cenador por la puerta trasera que se supone da a la parte opuesta del jardín; rodean la mesa con gran algazara y charloteo. Vienen ya todos bastante mojados. Dos camareros les sirven vino, llenando las cañeras y distribuyendo las cópas; luego se van y vuelven de cuando en cuando, según el diálogo indica. También, cuando lo señala el diálogo, Heredia se incorpora a la reunión.

DON NARCISO. *(A Baena, continuando una conversación que ya traen comenzada.)*
¡Que no se va usté a enterar!

AENA.

El toreo de cintura
no es el toreo de brazos.
(Con socarrona admiración.)

ON NARCISO.

¡Vaya!
¡Ni lo ha sido nunca!

OLA.

(A Pepe, que se ha quedado como abstraído en el banco de la glorieta.)
¡Ya están ahí!

OSÉ LUIS.

¿Quién?

OLA.

Su padre
y los amigos.

OSÉ LUIS.

La chusma
que lo rodea y lo explota.
¡Qué asco!

ON NARCISO.

(A Baena.)
¿Y a usté no le gustan
los toros?

AENA.

¿A mí? En el plato;
con alcachofitas, una
jartá.

HIPIONA.

(Echando vino en las cañas y dando a Don Diego y a los otros dos.)
¡Que sea motivo!

OLA.

(A José Luis.)
Váyase.

AENA.

Traemos muchas
ya en el cuerpo.

DON NARCISO.

Venga un vino
de corte. Paz a Sanlúcar.

LOLA.

(A José Luis.)
Obedezca usté.

DON DIEGO.

(Al camarero, que ha entrado un momento antes.)
Solera
de González Bayas.
(Pronunciando a la inglesa el apellido Byass.)

DON NARCISO.

(Remedando el acento inglés.)
¡Hurra!
Byass o Bayas.

DON DIEGO.

Bayas.
(Y le alarga una copa de la nueva botella de solera del 47 que el camarero le ha puesto delante.)

DON NARCISO.

¡Venga!
(Echando confidencialmente el brazo por encima a Don Diego.)
¿Cuando tú tomas la trúpita
te desbyas o te desbayas
de la línea recta?
(Carcajada general.)

JOSÉ LUIS.

(A Lola, oyendo el jaleo.)
Nunca
te dejo yo sola aquí.

LOLA.
JOSÉ LUIS.

¿Por qué no?
Con esa turba
de borrachos.

LOLA.
JOSÉ LUIS.
DON DIEGO.

No me inquietan.
De bandidos...
(A Don Narciso, con quien se ha sentado a un extremo de la mesa, donde acaban por reunirse todos los que andan bebiendo y merodeando tapas y conversando en grupos separados, como en espera de que comience la fiesta.)
Sí. ¡La única!
La reina, ¡la emperatriz!
del cante.

CORTA-EL-HIPO.
CHIPIONA.

¡Olé!
La hermosura
que trae revuelta a Sevilla.

NIÑO DEL ARENAL.
PANZA-TRISTE.

¡Suerte, Don Diego!
(Adulador siempre con Don Diego y malintencionado para Lola.)
Sandunga
y rumbo, ¡qué suerte! Suerte
la de la niña.

DON DIEGO.

La última
carta me juego esta noche.

DON NARCISO.
DON DIEGO.

Pero... ¿ella vendrá?...
Sin duda.

PANZA-TRISTE.
DON DIEGO.

¡Y que no viniera!
(Tomando un estuche de joyería que había dejado sobre la mesa y abriéndolo ante los ojos admirados de todos, que han formado grupo en torno de él.)
Mira
lo que le traigo. ¿Te gusta?

DON NARCISO.

(Con cómica seriedad y verdaderamente admirado.)
Don Diego... ¡Pero esto vale
un cortijo!

BAENA.

¡Una fortuna!
(Examinando la joya.)

DON DIEGO.
DON NARCISO.
DON DIEGO.

¿Sí?... ¡Después de mí el diluvio!
¿Y... tu hijo?
(Dirigiéndose a los amigotes que están en el secreto.)
Me pregunta
por mi hijo.

DON NARCISO.
DON DIEGO.
DON NARCISO.
DON DIEGO.

¡Claro! Por Pepe.
No lo conozco.
¿Te burlas?
(Sin contestar directamente a Don Narciso y dirigiéndose a todos. Habla cada vez más excitado por los sentimientos y por el vino.)
¿No sabéis lo que me ha hecho
ayer mismo ese granuja?...

NARCISO. No.

DIEGO. Enviarme su abogado
a pedirme la fortuna
de su madre, su legítima,
como él dice.

NARCISO. ¿Y... tú?

DIEGO. ¡Calcula;
decirle que se la lleve
y que no me vuelva nunca
más a mirar a la cara!

NARCISO. ¿Y eso... todo?...

DIEGO. Está chalupa
también el niño por Lola.
Es mi rival la criatura.
¡Maldita sea su padre!...

NARCISO. ¡Ja! ¡ja!

É LUIS. *(A Lola.)*
Me iré... si me juras
quererme.

LA. Pues quédate.

É LUIS. Si es verdad.

LA. No hay más que una
verdad.

É LUIS. ¿Cuál?

LA. La que uno quiere.

É LUIS. Que te adoro.

LA. Esa es la tuya,
hoy. Mañana...

É LUIS. ¡Siempre! ¿Y
la tuya, Lola?...
(Apasionado.)

LA. *(Evasiva y sincera a la par.)*
Ninguna.

IPIONA. Y a casarse está dispuesto
con ella.

N NARCISO. Pero... ¿ella?

N DIEGO. Nunca
le dió motivo, ¡ni a nadie!...

RTA-EL-HIPO. Dicen que es mocita.

NZA-TRISTE. *(A los otros sin que lo oiga Don Diego.)*
¡Chuflas
de verano!... Si yo fuera
el conde...

RTA-EL-HIPO. *(A Panza-triste, por lo bajo.)*
A ti ella te gusta
más que a los chivos la leche.
Sólo que no están maduras...

ANZA-TRISTE. ¡Vete!
(Que quiere decir; «Quita allá».)

RTA-EL-HIPO. ¡Limpión!

ANZA-TRISTE. *(Por Don Diego, que los está mirando.)*
Di que hay ropa
tendida.

DON DIEGO. *(A los dos.)*
¿Qué se murmura?

PANZA-TRISTE. *(Cuadrándose obsequioso.)*
Nada, capitán.

DON NARCISO. ¡Más vino!
que se está quedando mustia
la reunión.

DON DIEGO. *(Y ofrece otra caña a Don Diego, que se la l de un sorbo.)*
(Obsesionado por Lola y con la insistencia vino.)
La emperatriz

DON NARCISO. del cante...
Diadema augusta.

CAMARERO. *(Aludiendo a la joya que Chipiona ha vuelt poner en el centro de la mesa por indicación Don Diego. Luego, dirigiéndose al camare ordena:)*
Un ferrocarril.

DON DIEGO. *(Que es una botella de 92 años.)*
Corriendo.

DON NARCISO. *(Sale y poco después vuelve sosteniendo con o compañero la batea de cañas, que pone en mesa y de la cual beben todos.)*
(Pensando con disgusto en su hijo.)
¡El niño!...

BAENA. *(Al ver a Heredia, que acaba de entrar y va s ludando a todos.)*
Heredia... Ya era
hora...

DON NARCISO. *(A Heredia.)*
Un poquito de bulla,
porque aquí falta alegría.
¡Música, maestro, música!

DON NARCISO. *(Heredia inicia en la guitarra un tanguill Don Narciso se levanta de su silla y lo baila lo canta de un modo cómico, al estilo antig de las viejas ricas de Cádiz, mientras los demá muertos de risa, lo acompañan chocando las c pas y haciendo palmas. Sólo Don Diego perm nece bebiendo, sentado.)*
(Bailando y cantando.)
«Aquel que se come un flan
¡rataplán!
y se lo come caliente
¡valiente!
le da un dolor de barriga
y un terrible flato ardiente.»

PANZA-TRISTE. *(Y cae rendido en su silla, en medio de la alga zara general.)*
¡De ayer!

DON NARCISO. *(Por lo viejo de la copla.)*
Aquí falta gente.

N DIEGO. *(A Heredia, que acude a él en seguida.)*
Heredia... Tu cantaora...

REDIA. ¿La Lola? Estaba aquí ahora...

N DIEGO. *(Autoritario.)*
Búscala.

REDIA. ¡Inmediatamente!
(Y obsequioso, para calmar su impaciencia, le hace señas de que espere un instante y sale por la puerta al jardín, después de comprobar con una mirada de águila la excitación peligrosa que reina ya en la reunión.)

N DIEGO. *(Se atiza otro copazo y dice siempre, pensando en Lola.)*
La reina, la emperaora...
(En esto, Heredia, dando la vuelta al cenador grande, ha desembocado en la glorieta, donde en un banco, junto al pequeño cenador de la izquierda, están Lola y José Luis, este último ceñudo y con el sombrero echado a la cara, Lola mirándole compasiva y comprensiva. Al verlos, Heredia no puede reprimir un gesto de disgusto, que pronto domina. Después, dirigiéndose a Lola y aludiendo a la situación y al probable encuentro de José Luis y Don Diego.)

EREDIA. Ya ves...

OLA. Tenías razón.
Pero ¿qué se le va a hacer?

EREDIA. *(Decidido y aconsejando lo único razonable a riesgo y ventura.)*
Irnos.

OLA. *(Voluntariosa.)*
Esa solución,
de risa no puede ser.

HEREDIA. *(Insistiendo.)*
Mas...

LOLA. *(Sonriendo.)*
No seas cobardón.
(Heredia no hace más que mirarla, ella sonríe siempre. Heredia va a hacer con José Luis el último esfuerzo.)

HEREDIA. *(A José Luis.)*
Don Pepe... Usté no querrá
que haya aquí una tontería.
Y se irá...

LOLA. *(Interviniendo, absurda, al parecer de Heredia.)*
O se quedará...
si quiere.

HEREDIA. *(Asombrado.)*
Mas...

LOLA. *(Imperiosa.)*
¿Todavía?
(Como diciendo; ¿todavía replicas?)
(En esto Don Diego, siguiendo el camino de

Heredia, va a aparecer en la glorieta y t
gritando.)

DON DIEGO. ¡Lola!

HEREDIA. *(Al verlo venir.)*
¡Nos cayó la helá!

(Y hace un gesto como diciendo: sea lo que
quiera.)

DON DIEGO. *(Sin ver, en un principio, más que a Lola.)*
¡Reina!...
(Pero en seguida se fija en Heredia y en
Luis.)
¿Se puede saber
qué pasa?... ¿Y ese mocito
quién es? ¡Calla! El señorito
de casa... Ahora vas a ver.
(Dirigiéndose a él, furioso y amenazador.)
¿No le he dicho a usté que no
quiero verlo? ¿Cómo ha osado
presentarse? ¿Quién le ha dado
vela en este...?
(Y como no quiere decir «entierro», corta la f
se con un amenazador.)
¡Bueno!

LOLA. *(Interviniendo, tranquila y serena, con dulz*
que encanta y fascina a Don Diego.)
Yo
que viniera le he rogado.

DON DIEGO. *(Con asombro y disgusto.)*
¡Tú! ¿Por qué?

LOLA. Porque no quiero
guerra entre un padre y un hijo.
¿Me va a dejar mal?

DON DIEGO. ¡No!... Pero...

LOLA. Pues haya paz.

DON DIEGO. *(A quien la presencia de Lola ha puesto el ví*
optimista y ve las cosas de un modo más aleg
y confiado.)
Bueno... sí,
que se quede... Así verá
lo que eres tú para mí.

JOSÉ LUIS. *(A Lola, sin poder contener su disgusto.)*
¡Lola!...

LOLA. *(Autoritaria.)*
Silencio.

DON DIEGO. Y sabrá
què él no es nada para ti.
Y empiece el solemne acto.
(Va a dirigirse al cenador, Lola lo detiene, pre
guntándole.)
¿Cuál?

LOLA. De tu coronación.

DON DIEGO. ¿A mí una corona?

LOLA. Exacto;

que vale medio millón
cumplido.

LOLA. En mucho me tasa,
Pero—si acepto—mis bienes
van a ir todos en mis sienes.

DON DIEGO. *(Acercándose a ella congestionado de vino y de deseos.)*
Queda mucho más en casa.
Ven a verlo. Allí lo tienes.
(José Luis hace un movimiento que Lola corta con un gesto, antes que Don Diego se dé cuenta. Se separa de éste y queda junto a Heredia, que le dice al oído, señalando con la vista al padre y al hijo.)

HEREDIA. *(A Lola.)*
Si crees que esto va a quedar
así, sin ir adelante
y que te vas a librar
como siempre... por el cante...
(Lola lo mira, sonriente y tranquila.)
¡Eso! ¿Y quién lo va a arreglar?

DON DIEGO. *(Que ha inspeccionado la glorieta y le parece estupenda para su propósito.)*
¡Heredia! Di a los amigos
que bajen aquí.

HEREDIA. Voy.
(Se encamina al cenador.)

DON DIEGO. Quiero
que todos sean testigos
—así fuera el mundo entero—
de lo que va a suceder
aquí ahora.
(Encarándose con su hijo, entre campechano y amenazador.)
Conque a ver,
cómo te portas, mocito.
Si te deslizas tantito
así, te vas a caer.
(Hay un momento de silencio, padre e hijo se miran recelosos. Lola escruta con los ojos la senda por donde se fué Rosario. Cesan las risas en el cenador grande y en otros más lejanos se oye vagamente ruido de algazara y guitarreo, todo ello muy tenuemente, como un ruido natural de la noche sevillana en la Venta. Heredia y todos los invitados, seguidos de algún camarero que viene a tomar órdenes, irrumpen en la glorieta hablando entre sí. Al ver a Lola se callan y se disponen a saludarla.)

BAENA. *(A Don Narciso.)*
Que ya se va haciendo tarde.

DON DIEGO. *(A un camarero.)*
Juan, que vayan descorchando
el champaña.

DON NARCISO. *(A Don Diego.)*
¿Hasta cuándo?...

PANZA-TRISTE. *(Al ver a Lola calla y la mira embobado.)*
(A Lola, obsequioso y fingido.)

LOLA. Adiós, Lola.
(Secamente.)

DON DIEGO. Dios te guarde.
(Tomando del brazo a Don Narciso para presentárselo a Lola.)
Ven, te voy a presentar,
ven... Don Narciso Galerna,
el alcalde de Paterna
del Campo y gran militar.
(Galantemente, Don Narciso se inclina ante Lola y se queda embelesado mirándola.)
Con esa mirada tierna
la vas a magnetizar,
Narciso.

DON NARCISO. Con esta cara,
Narciso... Mi padre quiso
que Narciso me llamara,
sin pensar en lo que para
con los años un Narciso.

DON DIEGO. *(A Lola, por los demás.)*
Tú ya conoces tal cual.

LOLA. *(Distraída, para sí y mirando hacia el fondo.)*
No viene...

DON DIEGO. A esta gente toda.
(Lola inclina la cabeza y todos saludan, Don Diego añade.)
¡Ah! El Niño del Arenal.

LOLA. El novillero de moda.
(Que ya ha oído hablar de él.)
Me alegro, Niño.

NIÑO DEL ARENAL. *(Dándole la mano.)*
¿Qué tal?
(Don Diego, Lola y el Niño siguen conversando, mientras Don Narciso coge a José Luis del brazo y le dice.)

DON NARCISO. ¿Cómo has venido, muchacho?
¿Sabes que tu padre está
furioso?...

JOSÉ LUIS. *(Con tristeza y repugnancia.)*
¡Está loco!

DON NARCISO. ¡Bah!
Lo que está es algo borracho...
Pero se le pasará.

CAMARERO. *(Presentando una bandeja de copas llenas de champagne que han descorchado en el cenador durante el diálogo anterior.)*
¡Champán!
(Todos cogen su copa de champagne y forman un semicírculo en derredor de Lola y de Don Diego.)

DIEGO. *(Tomando su copa y alzándola para brindar.)*
Venga esa tisana.
Por la mujer más serrana,
la hembra de más trapío,
la cantante soberana.

NARCISO. *Novia de un amigo mío.*
(Todos ríen obsequiosos la buena ocurrencia y beben sus copas.)

ESCENA VII

este momento, por la vereda central, desemboca en la glorieta Ro-
IO, acompañada de dos señoritos, correctamente de *smoking:* dos aristócratas amigos suyos.

ARIO. Yo también quiero brindar.
Y DIEGO. *(Asombrado y sin dar crédito a sus ojos.)*
¡Rosario! ¿Tú?... ¡Estoy soñando!...
(Y en efecto, entre los vapores del vino y la excitación del momento, la aparición de Rosario allí, a aquella hora, es como un sueño para Don Diego.)

SARIO. *(Presentándole a sus amigos.)*
El duque de San Fernando,
Curro Baez.

N DIEGO. *(Tendiéndoles la mano un poco como a figuras de ensueño.)*
¿A presenciar
la fiesta? Vayan pasando...
Y preparénse a escuchar.
(Rosario queda junto a Lola. Los dos amigos se confunden con el grupo de los otros.)

SARIO. Yo...
N DIEGO. *(Interrumpiéndola, solemne.)*
Señores y milores:
En el mundo nadie ignora
que Lola es la cantaora,
única entre las mejores.
¿No se merece, señores,
diadema de emperadora?
(Ruidoso y unánime murmullo de asentimiento.)
(Don Diego, volviéndose a Chipiona.)
El estuche, secretario.
(Chipiona se lo da y él se lo presenta, abierto, a Lola.)
¿Te gusta?

OLA. *(Realmente admirada de la belleza y riqueza de la joya, mientras José Luis la mira a ella ansiosamente temiendo que acepte.)*
¡Sí!

ON DIEGO. ¿Te acomoda?

OSÉ LUIS. *(Sin poder contenerse.)*
¡Por Dios, Lola!

LOLA. *(Tomando el estuche de manos de Don que suspira satisfecho.)*
¡Extraordinario!
Lindo regalo de boda
a su sobrina Rosario.
(Y pone la joya en manos de Rosarit asombro de todo el mundo.)

DON DIEGO. *(Mohino y desconcertado.)*
¿Qué has hecho?

LOLA. *(Sencilla y natural.)*
Lo que usté haría
si estuviera en sus cabales.
Puesta en mí, parecería
de vidrios y de cristales
esta fina pedrería.
Mi pañuelo de crespón
y mi falda de percal,
Don Diego... dicen muy mal
con tan rica guarnición.
Joya que vale un cortijo
de los suyos, de chipén,
en la cabeza está bien
de la novia de su hijo.

DON NARCISO. *(Lleno de asombro y de entusiasmo.)*
¡No es una mujer!

ROSARIO. *(Queriendo devolverle la diadema.)*
Sería
absurdo. La joya es tuya.

LOLA. *(Negándose a tomarla.)*
¿No es mía?... Pero, si es mía
y yo se la doy es suya.

DON DIEGO. *(Sin ocultar su despecho por el inesperado to de Lola.)*
Me desprecias.

LOLA. No es desprecio.
En más que vale se aprecia.

DON DIEGO. *(Enfurecido sin contener su enojo.)*
Pero esa soberbia necia...

JOSÉ LUIS. *(Estallando, a su vez, contra el padre.)*
¡Usté es el loco y el necio!
(Padre e hijo van a lanzarse ciegos uno co otro. Pero entre Galerna, Chipiona y Cort hipo, sujetan fuertemente a José Luis, en t que Baena, el Niño del Arenal y los amigo Rosario rodean a Don Diego, impidiéndole movimiento.)

DON NARCISO, CHIPIONA, PANZA-TRISTE. ¡Pepe!
¡A un padre!...
(Desahogando toda su bilis, su despecho y veneno contra Lola.)
Usté no ve
donde apunta esa lagarta,
Don Diego... Una mujer harta
de rodar...

(Pero no ha acabado la frase cuando Heredia se le pone delante, preguntándole, terrible.)

¿Qué ha dicho usté?

HEREDIA.

(Evasivo y provocativo a la par.)

PANZA-TRISTE.

Ya está dicho.

Y ya está hecho,

HEREDIA.

¡granuja!

(Y le da una bofetada tremenda a Panza-triste. Este se tambalea, pero recuperando el equilibrio se lanza sobre Heredia, blandiendo una navaja enorme.)

¡Ay!

ROSARIO.

(Casi desmayada.)

¡Heredia!

LOLA.

(Esquivando los viajes del otro hasta que consigue sujetarle el brazo y retorciéndole la muñeca le hace saltar el arma.)

HEREDIA.

Pincha, raja...
y trae p'acá esa navaja
que eso no lo gastan más
que los hombres.

(Se la quita, y sin soltarle el brazo, con fuerza irresistible, le hace dar de cabeza a los pies de Lola.)

A pedir
perdón ahora a esta mujer.

(Y levantándolo él mismo lo lleva a empellones al rompimiento de la extrema derecha.)

Y ahora ¡a correr!

(Y como el otro trata aún de resistirse, le da un último empellón y mete una mano al bolsillo del revólver, diciendo.)

Y a correr,
¡no me vaya a arrepentir!

(Y ante el ademán de Heredia, Panza-triste huye, al fin, despavorido, ciego, derribándolo todo a su paso. Heredia se vuelve tranquilamente, ajustando un poco el desorden de su traje. Después pasea una mirada por la reunión y se da cuenta, rápidamente, por la actitud de Don Diego y José Luis, de que el magno problema sigue en pie.)

(Acudiendo, solícita, la primera.)

LOLA.

¿Herido?

(Negando.)

HEREDIA.

¡Bah! Se acabó.
Ahora ustedes, si les place
sigan aquí. Lo que hace
Lola y yo nos vamos.

¡Oh!,

DON DIEGO.

¿por qué?

Porque quiero yo.

HEREDIA.

(Volviéndose a Lola, que asiente sugestionada y

comprendiendo al par con Heredia la necesi
de irse.)

DON DIEGO. ¿Verdad?

Yo no.

HEREDIA. *(Furioso.)*

(Tranquilo, pero resuelto.)

No le hace.

(Don Diego quiere replicar y hasta interpon
se; pero los que le rodean han visto en la acti
de Heredia una decisión inmutable. Creen, a
más, desde aquel momento, en una relación
tima entre Lola y el tocaor, y detienen a D
Diego, al par que se dirigen a Heredia entre
riñosos y despechados como los que sólo le
prochan el no haberlo dicho antes.)

CHIPIONA. Pero, entonces...

CORTA-EL-HIPO. De ese modo...

NIÑO DEL ARENAL. Haber dicho...

BAENA. Lola está...

CHIPIONA. Era tu...

HEREDIA. *(Cortando la frase y cogiendo al vuelo la exp*
cación que le dan hecha sin que tenga él que s
tar la palabra.)

Era mi... Sí. ¡Ya,
lo saben ustedes todo!
(Y bajo a Lola.)
¡No me desmientas!

LOLA. *(Entrando de lleno en la combinación de H*
redia.)

JOSÉ LUIS. ¡Oh, no!
(Que no puede convencerse.)

LOLA. ¡Habla, Lola!

HEREDIA. Yo...
(Bajo a Lola.)

DON NARCISO. ¡Callada!

HEREDIA. Pero...

Ya lo saben.
(Aparte a Lola, con cómica sinceridad.)
Yo
soy el que no sabe nada.
(Y es la verdad. El ha asumido un papel, ne
cesario y oportuno en aquel momento. Pero ta
a favor de obra y talmente posesionado de é
que ya no sabe dónde acaba la ficción y comien
za la realidad. Además, no quiere saberlo y un
vaga esperanza...)

ROSARIO. *(Es la única que lo adivina todo y no quita lo*
ojos admirados, de Lola.)
¡Lola!

DON DIEGO. ¡Heredia!

HEREDIA. *(A Lola.)*

¡Anda de gorpe!
Vaya, ¡quitarse de en medio!

N DIEGO.
SARIO.
REDIA.

Pero, Lola...

Escucha.

(A Lola, que quiere acudir a la llamada de Rosario.)

¡Torpe!

¿No ves que no hay más remedio?

(Y tomándola del brazo, lleno de orgullo, en actitud que por sí sola abre camino.)

Paso a la Lola, que ya
Sevilla se queda sola.

SÉ LUIS.
ON DIEGO.
SÉ LUIS.
EREDIA.

Oye.

Espera, Lola.

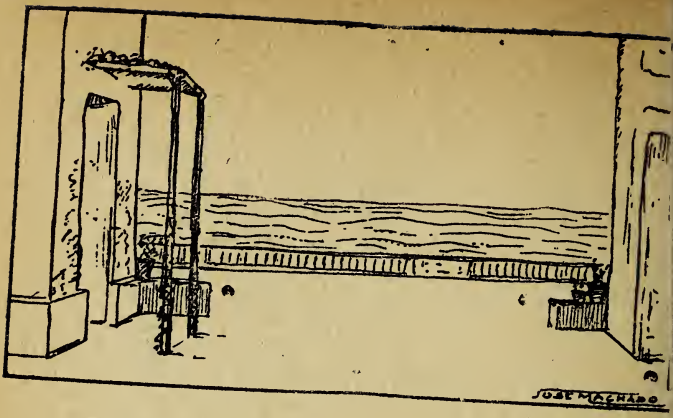
¡Lola!

(Terminando la frase.)

Porque la Lola se va.

(Y, efectivamente, Lola, del brazo de Heredia se aleja por la vereda central, hacia el fondo, enmedio de la estupefacción y también de la admiración general, mientras cae, rápidamente, el

TELÓN



ACTO TERCERO

Cádiz, Sanlúcar, Algeciras...

Hall de un pequeño hotel sobre la marisma. Al fondo, terraza con barandas que da al mar y que se supone termina a ambos lados por escalerillas que bajan a la misma playa. En primer término, a derecha e izquierda, puertas que se suponen comunican: la primera, con las habitaciones interiores; la segunda, con el exterior. Pocos muebles modestos, alegres y claros. En el centro, un velador, sobre el cual descansa, tendida, la guitarra de Heredia; a su lado, una silla de las llamadas de Vitoria, silla de enea, en cuyo respaldo pende el pañuelo de espuma, negro, de Lola. Tras el ancho barandal del fondo una gran extensión de mar y de cielo. Cuando la acción comienza son las cinco de una tarde de marzo o abril. Dos horas después, cuando se acaba, es casi de noche.

ESCENA PRIMERA

LOLA, HEREDIA y PATO, el botero.

Al levantarse el telón la escena está sola, y así permanece unos instantes, hasta que por la lateral derecha salen HEREDIA y LOLA, que se dirigen rápidamente a la terraza.

HEREDIA. *(Inclinándose hacia el mar, desde la barandilla grita.)* ¡Pato! ¡Maldito botero!...

LOLA. *(Riéndose de su impaciencia.)* Ya lo bautizaste...

IA.

(Dando prisa a Pato, cuya lancha se supone atraca en aquel momento a la escalerilla derecha de la terraza.)

¿Vamos
a ver?...

(Todavía dentro: pero presentándose ya, gorra en mano, apenas terminada la frase.)

¡Allá voy, patrón!

(Pato es un viejo marinero, antiguo tripulante de vapores mercantes andaluces, hoy acogido al oficio más tranquilo de botero para llevar y traer pasojeros y equipajes del puerto a los buques. Aunque ha navegado todos los mares y visto el mundo entero, vivió siempre en su barco antes, y ahora en su lancha. Tiene la socarronería del viejo mezclada con la ingenua sencillez del marino.)

(A Pato.)

¿A qué hora sale el barco?
Al anochecer... Las ocho,
las ocho y media...

DIA

Contamos
contigo para las siete.
¿A las siete? ¿Tan temprano?
Sí.
Pero ¿tienen ustedes
tantas ganas de dejarnos?
Con lo que aquí los queremos...
Y ¡en toíta España!... Claro
que para ustedes es chico
el mundo... Dos artistazos
enormes... La Lola! ¡Heredia!
¡Qué matrimonio!...

(Interrumpiéndole.)

Oye, Pato,
¿conoces tú Buenos Aires?
De vista.

(Riendo.)

¿De vista?

(Explicándose.)

Vamos,
que he estado allí muchas veces.
Pero poco tiempo... Cuando
navegaba en los paquetes
de Pinillos y Macandros (1).
Llegar y volvernos... ¿Yo,
quedarme allí?... ¡Ni por cuanto!...
Digo lo que el otro... ¿América?...
¡Para los americanos!
¡A tu tierra, grulla!

D.
A y HEREDIA.
O.

1) Maz-Andrews, Compañía de vapores mercantes ingleses que rabaa en Sevilla y Cádiz.

LOLA. *(Riendo.)*

PATO. ¿Grulla?
(Riendo también y aceptando la rectificaci Lola.)

HEREDIA. Pues ¡Pato, a tu agua!

PATO. ¿Estamos
en que a las siete?...

HEREDIA. Si no
hay remedio...

PATO. ¡Qué pesado!
(Pero agradecido en el fondo al interés del Pato por ellos, replica:)
Es que puede ser que tengas
que ir a recoger los trastos
que llevaste esta mañana
nuestros, en vez de llevarnos
a nosotros.

HEREDIA. ¡Ajolá!
Porque estamos esperando
una razón de Madrid.

PATO. *(Con ingenua malicia, mirando a Lola.)*
¿De... París?

HEREDIA. *(Con amenazadora seriedad, que sale al pas la picarilla insinuación de Pato.)*
De Madrid, Pato;
de la Villa y Corte.

PATO. *(Un poco desconcertado, aunque no cree e fondo haber insinuado nada malo.)*
Bueno...
No se enfade... Ya me callo...
(Volviendo a su idea y encontrándola muy n ral y además muy de desear.)
¡Aunque de una parejita
así!
(Nuevo gesto de Heredia amenazador. Pato c y buscando en sus bolsillos saca un paquete tiende a Heredia.)
¡Ah, tome usté!

HEREDIA. ¿Eh?

PATO. Tabaco...
¡De Gener, chipén!

HEREDIA. *(Tomando el paquete con mucho gusto.)*
¿Legítimo?
Toma.
(Le da un par de duros.)

PATO. Sobra...

HEREDIA. Para un chato.
(Pato se guarda el dinero contentísimo, salu mira con admiración a Lola y Heredia y parece va a dirigir un último piropo a la pareja, cuan Heredia añade, despidiéndolo ya en la terraza
¡Y vigila bien lo nuestro,
no vayan a pimpearlo!
(Y Pato se va.)

ESCENA II

LOLA Y HEREDIA

EDIA. *(Viendo que Lola lo mira riendo.)*
¿De qué te ríes?
A. De ti.
Hablas como un gaditano
y no llevamos en Cádiz
más que ocho días.
EDIA. Me hago
a todo en seguida... Más
a lo bueno que a lo malo,
naturalmente.
LA. ¿Y se puede
saber qué prisa te ha entrado
ahora por descomponer
lo de América? Un contrato
soberbio... Y, además, tú
lo dices, para quitarnos
del mundo que nos rodea
y dar a otro mundo el salto.
REDIA. En una isla desierta
y asfaltá, cantas tú cuatro
coplas ¡y del aire brotan
cuatro mil enamorados!
Pero... además, ¿quieres tú
de veras soltar los cabos?
¿De veras? ¿Te embarcarás
con gusto?
LA. ¡Qué estás hablando!
Con gusto ¿quién va a dejar
su tierra, este cielo claro
que la ha visto a una nacer,
y el aire que ha respirado
siempre, y esta luz que tiene
la sal y sol a puñados?
Y... ¿nada más?
EREDIA. Nada más,
OLA. Rafael. Pero... pensando
lo que tú piensas, debías
aprobar lo que yo hago.
Además que me parece
que mi proceder es claro.
IEREDIA. ¿Y si el de Madrí aceptase?
OLA. ¡Qué va a aceptar! Le hemos dado
condiciones como para
—en vez de pagar—pegarnos.
HEREDIA. Las que tú pusiste.
OLA. Las que
puse yo, para quitárnoslo
de encima.
HEREDIA. Para elegir
un camino, es necesario
que haya por lo menos dos.

Cada uno de esos contratos
es un mundo diferente,
y aunque sirven para el caso
los dos, uno dice: «vuelvo»;
y el otro: «Dios sabe cuándo».
Y antes de cortar la amarra
piensa tú bien...

LOLA. ¡Es extraño!...

HEREDIA. ¿Es extraño?

LOLA. Sí. Lo mismo
me está diciendo Rosario.

HEREDIA. ¿Aún está ahí?

LOLA. Como ella
ha sabido que nos vamos
hoy... ha querido pasar
conmigo la tarde.

HEREDIA. ¡Claro!
Aprovechando tu sombra
hasta el fin. La has transformado
en otra mujer.

LOLA. En una
mujer.

HEREDIA. Y quiere pagártelo.

LOLA. ¿Qué dices?

HEREDIA. Que yo me entiendo...
A más le has hecho un regalo
en brillantes...

LOLA. ¿La diadema?
No la quiso. Ha vuelto a manos
de don Diego.

HEREDIA. Le dejaste
el novio libre.

LOLA. ¿El muchacho?
Desde la famosa noche
de la venta no ha chistado.

HEREDIA. No te fíes, por ahí anda,
y tiene aquí su abogado.

LOLA. Rafael, tienes tú mucha
imaginación.

HEREDIA. Acaso.

LOLA. Sin duda, José Luis
ha venido aquí cuidando
de su padre.

HEREDIA. ¿De don Diego?
A ese no lo parte un rayo.
Tan bueno está ya...

LOLA. Lo sé.

HEREDIA. Y eso que fué el gachapazo
de primera.

LOLA. ¿Sí?

HEREDIA. Una especie
de taberdillo pintado.
Con el vino y la calor...
y el genio... estuvo a dos pasos

de liarla. A los tres días
tan fuerte y tan campechano
otra vez... ¡Y lo gracioso
es que ha salido cambiado
del to al to. Y él, que era el padre
de la juerga, y un jabato
para el vino y las mujeres,
ahora se come los santos,
gasta un cilicio y no sale
de la iglesia. ¡Otro milagro
tuyo.

¡Bah, qué disparate!...
Lo de siempre, el diablo harto
de carne...

EDIA. Los tres están
aquí desde que llegamos.
Y de los tres solamente
don Diego tragó el bromazo
de que tú y yo...

Todo el mundo
lo creyó.

EDIA. Menos Rosario.
Yo nunca lo he desmentido.

EDIA. Ni yo.

¿Entonces?

EDIA. ¿Me estás dando
pares y nones a mí
también, Lola? Por los clavos
de Jesús.

ESCENA III

DICHOS y PAQUITA (criada), en la puerta de la izquierda.

UITA. Don Rafael...
Dos señores, preguntando
por la señora...

EDIA. Que pasen.

A. *(A Paquita.)*
Espera...

UITA. *(Aprovechando la espera para acordarse.)*
¡Ah, sí; que me han dado
estas tarjetas.

(Se las da a Lola.)

A. *(Viendo las tarjetas.)*
Don Diego
y José Luis.

REDIA. *(Hace seña a la muchacha de que haga pasar a los visitantes, y dice a Lola:)*
Ya estamos
en las mismas.

A. Pues recíbelos
tú.

HEREDIA. Vienen a verte.

LOLA. Claro;
pero yo... no quiero verlos.

HEREDIA. Lola...

LOLA. Si es muy necesario
avísame... o yo saldré
si no puedes despacharlos
pronto. Pero...

HEREDIA. *(Comprendiendo que no los tiene que despac de mal humor.)*
Sí, ya sé;
con cuidado.

LOLA. No hay cuidado.
Tú eres un cómico bueno,
Rafael, y sabrás pintarlo...

HEREDIA. Pero... a lo mejor.

LOLA. ¿Qué?

HEREDIA. Lola...

LOLA. ¿Rafael?...

HEREDIA. Se me va la mano.
(Lola se va riendo por la puerta de la derec Heredia la mira irse y vuelve al centro de la es na a punto que, por la puerta de la izquier entran Don Diego y José Luis.)

ESCENA IV

HEREDIA, DON DIEGO y JOSÉ LUIS.

HEREDIA. ¡Tanto bueno por aquí!
¡Don Diego!...

DON DIEGO. *(Dándole cordialmente la mano, mientras J Luis le hace un saludo frío y se aparta un p del grupo que ellos forman.)*
¡Valiente chasco
nos diste, truhán!... En fin,
no hablemos de lo pasado...
Ya no soy aquel don Diego,
ni hay en los nidos de antaño...
Dios ha querido tocarme
en el corazón... acaso
movido de aquella santa
que se llevó de mi lado,
y, gracias a su infinita
misericordia, estoy sano
de cuerpo y de alma...

HEREDIA. ¡Bien,
don Diego!

DON DIEGO. ¡Bueno, muchacho!
Pero ¿por qué no haber dicho?...
¡Vade retro!... ¡Qué ca... nastos
me importa a mí ya! ¡A ganar
el tiempo desperdiciado

en servir a Dios, después
de haberle ofendido tanto!
He sabido que os marcháis
a Buenos Aires.

REDIA. Sí.

N DIEGO. ¿Cuándo?

REDIA. Esta tarde... si Dios quiere.

N DIEGO. No.

REDIA. ¿No quiere?

N DIEGO. Calla.

REDIA. Callo.

N DIEGO. Yo he venido a despedirme
de vosotros... Y, de paso,
yo quisiera...

REDIA. ¿Qué?

N DIEGO. Pedirte
un favor... que, bien mirado,
más que un favor que te pido
es un favor que te hago.
(Heredia lo mira curioso, en silencio: pero animándolo con su sonrisa.)
Pues... ello... Perdona..., Heredia,
pero...

EREDIA. Hable usté sin empacho.

ON DIEGO. Lola y tú...

EREDIA. ¿Qué?

ON DIEGO. Lola y tú...

EREDIA. Diga.

ON DIEGO. No estaréis casados
como Dios manda.

EREDIA. ¡Don Diego!

ON DIEGO. No te duela confesarlo.

EREDIA. Y ¿qué quiere usté?

ON DIEGO. *(Exaltándose poco a poco en su obra de celo religioso y moral.)* ¿Qué quiero?
¡Que no viváis en pecado
mortal! Nadie sabe dónde
tiene su fin. Y, en llegando,
no hay remedio. Ya ves, yo...
ahora vivo de milagro...
Y hay que dar cuenta... ¡Y no vale
decir se me había olvidado!
Vais a emprender un viaje...

HEREDIA. *(Soslayando siempre—naturalmente—la cuestión.)*
Don Diego, hoy pasa el charco
todo el mundo tan tranquilo...

DON DIEGO. Nada, nada... ¡Ordeno y mando!

HEREDIA. Como siempre... Pero no
va a ordenar que espere el barco...

DON DIEGO. Tomáis otro.

HEREDIA. ¿Sí?

DON DIEGO. Total,
ocho días de retraso.

HEREDIA. Por dinero no lo hagas.
DON DIEGO. Mas... Yo corro con los gastos.
Y yo sé hacer bien las cosas
¡Ay, no lo supiera tanto!
HEREDIA. Pero, Don Diego...
DON DIEGO. Es verdad
que os habla el hombre más malo
del mundo, como decía
nuestro paisano el Beato
Mañara. Pero es tan bueno
Dios, que os habla por mis labios
pecadores. Por lo menos
prométeme que, en llegando
a América...
(Hace la señal de echar las bendiciones.)
¡Y a vivir
como Dios manda, ca... nastos!
todo el mundo.
HEREDIA. Pero...
DON DIEGO. ¡Nada!
Y a este perillán lo caso
con su prima, velis nolis.
(Por José Luis.)
HEREDIA. ¿La señorita Rosario?...
DON DIEGO. La misma. Por cierto que...
(Echando una ojeada alrededor.)
Tú, ¿por qué no habéis parado
en el Gran Hotel?... Heredia,
este fondín es mediano.
HEREDIA. *(Por Rosario.)*
A lo mejor ella y Lola
andan ahora paseando
por la marina.
DON DIEGO. Pues voy
a ver si están y, de paso,
a recoger el segundo
correo, que habrá llegado.
Luego vendré a despedir
a Lola.
HEREDIA. Bien.
DON DIEGO. No le hablo
de nada, si tú me ofreces...
HEREDIA. Bueno, don Diego.
DON DIEGO. *(A José Luis, que ha permanecido callado en extremo mirando a su padre con cariñosa inquietud, pero deseando que se calle y que se vaya.)*
¡Y tú, andando!
JOSÉ LUIS. Yo me quedo.
DON DIEGO. ¿Cómo es eso?
JOSÉ LUIS. Espero a usted y a Rosario,
puesto que van a volver.
DON DIEGO. Bien... pero... ¡mucho cuidado!
por más que...

(Tranquilizándose al pensar que está allí Heredia.)

HEREDIA. Supongo que...

(Como diciendo, supongo que no lo dejarás con Lola; pero en el fondo, el viejo juerguista duda y dice para sí:)

¡Este mundo es un fandango!

(Pero en seguida se arrepiente del mal pensamiento y más aún de la expresión chavacana, y añade contrito:)

¡Dios me perdone!...

(Sale santiguándose muy de prisa.)

ESCENA V

HEREDIA y JOSÉ LUIS.

(Los dos hombres se miran y callan. En la cara de José Luis se lee como una resolución firme, consecuencia de una obsesión, de un pensamiento único. En la de Heredia, la comprensión y una tranquilidad serena. El silencio se hace angustioso y Heredia se decide a romperlo con una banalidad.)

HEREDIA. Es gracioso...
y notable.

JOSÉ LUIS. *(Absorto en su idea fija.)*
¿Quién?

HEREDIA. Don Diego,
su padre... En el fondo, siempre
el mismo.

JOSÉ LUIS. Sí.

HEREDIA. Tan flamenco,
y...

JOSÉ LUIS. Heredia.

HEREDIA. ¿Qué?

JOSÉ LUIS. De hombre a hombre.
¿Sabe usted a lo que vengo?

HEREDIA. Lo supongo: a ver a Lola.

JOSÉ LUIS. A Lola y a usted primero,
para saber de usted mismo
la verdad.

HEREDIA. ¿Habla usté en serio?

JOSÉ LUIS. Y tanto.

HEREDIA. Los siete sabios
de Grecia no la supieron.
¿Quiere usted que se la diga
un tocador de flamenco?
Ahora, si usted se conforma
con un saber más modesto...

JOSÉ LUIS. Heredia, sin circunloquios
ni bernardinas, hablemos.
Yo he venido...

HEREDIA.

Ustéd ha venido
porque su prima le ha puesto
dos letritas.

JOSÉ LUIS.

¿Usté sabe?

HEREDIA.

Eso, y algo más, sospecho.
Su prima no quiere ser
menos que Lola, pues menos
ser una mujer que otra
no es ser mujer, y al ejemplo
que Lola le dió, contesta
con un: si él te quiere, quiérelo,
alma de Dios. Y es su prima
el abogado perfecto
que hoy tiene usted.

JOSÉ LUIS.

Y usted, Heredia,
¿quién es usted?

HEREDIA.

¿Yo? Un misterio
muy grande. Don Joselito,
el que se mira por dentro,
se hace un lío.

JOSÉ LUIS.

Si usted quiere
seguir hablando en proverbios,
como Salomón, más vale
dejarlo.

HEREDIA.

Yo le contesto
en mi estilo.

JOSÉ LUIS.

Y yo pregunto
al mío: sea sincero.
¿Quién es usted para Lola?

HEREDIA.

Don Pepito, por saberlo
diera un dedo de la mano,
que es mucho para un maestro
de guitarra. Sólo sé
el papel que represento,
que es, en este caso, un mixto
de secretario y portero;
la noche de la tormenta
el hombre de Lola, un seco
entre borrachos, la voz
que dice: niños, respeto
a una mujer, y la punta
de un zapato en el trasero
de un púa—vaya sumando—;
y antes lo que sigo siendo:
el guitarrista que va
con Lola.

JOSÉ LUIS.

¿Y después?

HEREDIA.

Veremos.
Ahora, a lo que a usted importa,
Don Joselito, a su pleito.

JOSÉ LUIS.

Pero yo quiero saber
si es verdad...

HEREDIA.

¡Otra te pego!

La verdad que usted pretende
averiguar, se está haciendo.
Usted quiere a Lola y yo...

JOSÉ LUIS. Usted, Rafael...

HEREDIA. La quiero
como cuatrocientas veces
más que usted; pero dejemos
lo mío, porque, si ella
lo quiere a usted, yo contento;
usted se queda con Lola,
y Heredia, la mar adentro.
Rafael, es usted más noble
de lo que pensé.

JOSÉ LUIS. Me alegro.

HEREDIA. Y avive, porque a las siete
viene el bote. Hay poco tiempo.
Y una advertencia: muy pocas
ilusiones. Y un consejo:
procure usted que la Lola
no repare en los manejos
de Rosario; para que
se quede Lola hay pretextos
de sobra, falta un motivo.
¿Me entiende usted? Hasta luego.
Yo me voy.

ESCENA VI

DICHOS y LOLA y ROSARIO.

LOLA. *(Imperativa y dirigiéndose a Heredia.)*
No. Tú te quedas.
José Luis, que me alegro
de verlo... ¿No nos obsequias,
Rafael? ¿No hay una copa?...
(Y se dirige hacia la mesa donde está el cañero con las botellas, seguida de Heredia, y permanece con éste en un segundo término, hasta que el texto lo indica, dejando que Rosario y José Luis cambien el rapidísimo diálogo que sigue.)

JOSÉ LUIS. *(A Rosario.)*
Tu carta.

LOLA. *(A Heredia, que va a echar vino de una botella empezada.)*
No, hombre; una nueva.
La solemnidad del caso
merece...

ROSARIO. *(A José Luis.)*
No me agradezcas
mi carta, que no la he escrito
por ti.

HEREDIA. *(A Lola por Rosario y José Luis.)*
¿Ves?

ROSARIO. *(A José Luis.)*
Sino por ella.

LOLA. *(A Heredia, que le enseña una botella cerra*
Pues se abre. Trae. Yo te ayudo.
(Pero es Heredia el que descorcha la botella.
la toma y sirve cuatro cañas, que deja en la m
en fila.)

ROSARIO. *(A José Luis por Lola.)*
Nobleza pide nobleza
y ahora soy yo: ¡yo!

JOSÉ LUIS. ¡Rosario!

ROSARIO. Quien quiere que ella te quiera.

JOSÉ LUIS. Mas Lola se va.

ROSARIO. ¡Quien sabe!

JOSÉ LUIS. Ahora...

ROSARIO. Cuando yo lo vea
lo creeré.
(Volviéndose a Lola y a Heredia, ocupados
preparar las cañas, por disimular y cortar
diálogo con José Luis.)

JOSÉ LUIS. No se molesten.

ROSARIO. Si te equivocas.
Paciencia.
(Viniendo a primer término.)

LOLA. No habíamos de tomar
la última caña.

HEREDIA. No, reina;
la penúltima. ¡La última
no se toma nunca!

LOLA. ¡Sea!
(Y dirigiéndose a José Luis.)
Celebro verlo a usted aquí,
José Luis, porque fuera
de mala sombra embarcarse
sin ver a la gente buena
y decirle adiós. ¿Qué dices,
tú, Rafael?

HEREDIA. Que, a la vera
de la mar, las despedidas
deben ser cosa muy seria.

LOLA. José Luis, poco tiempo,
porque los barcos no esperan,
tenemos para un adiós
sin lágrimas de comedia.

ROSARIO. ¿Qué, al fin te vas?

LOLA. Sí, nos vamos,
porque el de Madrid no acepta.

ROSARIO. ¿Lo sabes?

LOLA. Me lo figuro.
No ha contestado siquiera.
Lo que yo me suponía.
Nos vamos. ¿Verdad, Heredia?
(Heredia se encoge de hombros.)

¿Qué dices? *(Idem.)*

¿Qué dices?

EREDIA. Nada.

OLA. Di algo.

EREDIA. Amén.

OLA. *(A José Luis.)*
Y cuando vuelva...
Pues si es verdad lo que he oído
al mundo se le rodea
tan pronto que antes del mes
se viaja con la cabeza
boca abajo... ¿Es eso cierto,
tú, Rafael?

HEREDIA. Consecuencia
de vivir sobre una bola.
Eso se aprende en la escuela.

LOLA. Cuando vuelva y nos veamos,
José Luis, que usted sea
feliz con quien puede y cada
oveja con su pareja.
(Conmovida y tratando de disimular su emoción.)
¿Qué haces, Rafael?

HEREDIA. Escucho,
y pienso.

LOLA. ¿En qué?

HEREDIA. En la falseta
de tu discurso, y no acierto...
Pero, ¿qué me mandas?

LOLA. Vengan
esas cañitas. ¡Qué hombre!

HEREDIA. *(Llena las cañas de manzanilla.)*
Servida. Vino sin juerga,
por una vez. Señorita...
(A Rosario.)
Don José...
(A José Luis.)

LOLA. Cuando se deja
la tierra en que se ha nacido,
gusta llevarse en la lengua
y en los labios un poquillo
del sabor del jugo de ella.
(Bebe.)

ROSARIO. Oiga, maestro, ¿es difícil
la guitarra?
(A Heredia, apartándose un poco con él.)

HEREDIA. Hay dos maneras
de aprender.

ROSARIO. Dígame.

JOSÉ LUIS. Lola.
(Se aparta algo.)

HEREDIA. Como en todo: una es paciencia,
y es la otra...

LOLA. A cara o cruz
lo echamos, a mar o tierra.

JOSÉ LUIS. La suerte parece que
decide soltar las velas.
Yo nada soy para ti,

LOLA. Lola.
Sí, lo que se deja
cuando se elige.

JOSÉ LUIS. No es mucho.

LOLA. Más de lo que tú te piensas.
Y acuérdate de la copla:
Sólo un corazón de piedra
elige entre dos amores
sin que ninguno le duela.

JOSÉ LUIS. Si has elegido...

LOLA. Yo acepto
lo que Dios quiso que fuera.
Y no me acobardo. Pronto
irán la Lola y Heredia
por esos mares de Dios
navegando hacia otras tierras,
la canción y la guitarra
solas bajo las estrellas.
Iré contenta hacia el mar
porque de niña me tienta
un antojo de saber
si es tal como lo ponderan,
y de escuchar, si es posible,
el cante de las sirenas;
y porque el arte flamenco
empieza a ser cosa vieja
y... porque... no quiero, ¿sabes?,
quererte ni que me quieras.

HEREDIA. *(A Rosario.)*
Para eso se ha menester
una concepción flamenca
del mundo y saber decir
con gracia dos cosas serias.

ROSARIO. ¿Y es una?

ROSARIO. ¡Tu cuerpo, niña!

HEREDIA. ¿Y la otra?

JOSÉ LUIS. ¡Requien eternan!
¿Porque no quieres quererme
huyes de mi y de la tierra
en que nacimos?

LOLA. Lo digo
de verdad y tan serena
como esa mar. Y si miento,
que esa mar se nos revuelva
y nos trague.

HEREDIA. *(A Rosario, continuando su conversación.)*
La guitarra
tiene también ocurrencias
propias.

ROSARIO. ¿Qué dice usted?

HEREDIA.

Que algunas veces contesta
al tocador y le dice
lo que se le antoja a ella
y hay que dejarla. O mejor,
hay que sentir en las yemas
de los dedos lo que quieren
decir al temblar las cuerdas.
Filosofía: Tres tiempos
tiene mi arte y tres faenas.
La primera es traducir
al flamenco las seis lenguas
de la guitarra, que es
una babel de madera.
Luego tiene que decir
algo: lo que se le enseña.
Al fin, cuando la guitarra
sabe cosas, siente y piensa
por sí misma y ya no es
instrumento, es compañera
del tocaor.

LOLA.

(A José Luis.)
Qué, ¿te extraña?
¿Tan raro es que Lola sea
la mujer de un guitarrista?
Más estrambótico fuera
lo que tú me proponías.

JOSÉ LUIS.

¿Será verdad que no puedes
dejarlo?

LOLA.

¡Dejarlo!

JOSÉ LUIS.

¿Sí?

LOLA.

¡Si vieras qué mal me suena
esa palabra!

ROSARIO.

Y usted,
Rafael...

HEREDIA.

Diga.

ROSARIO.

Pudiera
solo, es decir...

HEREDIA.

Sí, comprendo.
Desde Granada hasta Huelva,
desde Cazorla a Sanlúcar,
me llamo el maestro Heredia.

ROSARIO.

Lo sé; pero le pregunto
otra cosa.

HEREDIA.

Y yo quisiera
contestarle. Lola y yo
venimos siendo pareja
de flamenco y esto tiene
muchísima trascendencia.
Lola es la canción y yo
el toque, pero con letras
mayúsculas, es decir,
que entre los dos se completa
algo muy grande.

ROSARIO.

Sin duda.

HEREDIA. Una relación flamenca
de hombre y mujer, que no es
un matrimonio cualquiera
entre cristiano y cristiana,
sino algo más.

JOSÉ LUIS. Pero deja
hablar a tu corazón
y que él diga lo que sienta.
El mío, en cada oleada
de sangre que da a mis venas
dice, Lola, Lola, Lola,
y lo dice todo.

LOLA. ¿Y ella?

ROSARIO. *(A Heredia.)*
¿Qué haría usted?

HEREDIA. ¿Yo? Lo que usté.

ROSARIO. ¿No lo está usté viendo?

HEREDIA. Heredia.
Permítame que le diga
que no es camino.

ROSARIO. ¿Usté piensa?

HEREDIA. Quien piensa es usté, usté quiere
ahora demostrarle a ella
quién es la más generosa.
De paso que le demuestra
a José Luis que a usté
sus achares no la queman.
¡Pesqui!

ROSARIO. No. Yo quiero el bien
de todos... Sólo que... Heredia...

HEREDIA. Lo que está de Dios sucede.

ROSARIO. por mí no pase usted pena.

HEREDIA. Es usté un hombre cabal.

JOSÉ LUIS. Y usté una mujer de veras.
(Continuando su conversación con Lola.)
¿Pero puedes tú tener
una voluntad tan recia?
Lola, yo te quiero. Yo
te quiero, aunque tú no quieras
y no te dejo marchar.

LOLA. Es la suerte quien me lleva
José Luis. Nadie puede
ir contra su sino.

JOSÉ LUIS. Esa
no es la verdad... ¿Dime tú?

LOLA. ¿Si los de Madrid aceptan?

JOSÉ LUIS. ¡Bah!

LOLA. Pero si aceptan...

JOSÉ LUIS. No,
no sé... déjame.

ROSARIO. ¡Mi reina!
(A Heredia.)
¿Una copla?

EDIA. Puede ser
una copla. Pero mientras,
es una verdad muy grande.

ARIO. ¿Sí?

EDIA. Para las tres parejas
que estamos aquí.

ARIO. No veo
más que dos.

EDIA. Tres. Ese y ella.
Ella y yo: la de flamenco,
y usté y yo; tres, por mi cuenta.

A. ¿Qué es eso?

EDIA. *(Explicando.)* Conversaciones
que aquí traemos, muy serias,
Doña Rosarito y yo.

ARIO. Repítale la sentencia.

EDIA. Camino que no es camino
de más está que se emprenda;
porque más nos descarría
cuanto más lejos nos lleva.

A. Y eso... ¿por quién va?

EDIA. No va
por nadie. Una copla nueva.
Pero se puede cantar,
serrana, al son que tú quieras.
(Hay un silencio que rompe José Luis, decidido, acercándose a Lola.)

É LUIS. Yo sólo te digo: quédate
aquí. ¡No te vayas!...

A. ¡Ea!...
Y tú, Rafael.

É LUIS. *(Sin contenerse.)* ¡Qué importa!

REDIA. *(Sereno y dominándose.)*
Es verdad... ¿Qué importa?
(A Heredia, imperiosa.) Venga

A. tu palabra.

REDIA. No. Yo nada
te digo. Lo que tú quieras
es sagrado para mí.

SARIO. ¡Y para todos!... Heredia,
¡bien!

LA. Pero mi corazón
no es barco que se carena
y, a fuerza de martillazos,
hasta el hierro se blandea.

SÉ LUIS. Yo... Lola...

LA. José Luis...
Por tu voz me habla la tierra
en que nacimos; sus valles,
sus montes y sus praderas
tendidas al sol... La paz
de una alegría sin fiesta.

... No sé por qué, al escucharte,
siempre se me representa
esa casita en el campo
que dice la copla... Aquella
de: «Vente conmigo, haremos
una chocita...»

JOSÉ LUIS. ¡Sí, reina,
sí!...

LOLA. Pero otra voz más grande
y más adentro me llega.

JOSÉ LUIS. ¿Cuál?

LOLA. La de la mar... Es como
un suspiro inmenso... Y esa
no sé lo que dice, pero
tan hondo en el alma suena
que... ¡muchas veces, más bien
creo que me sale de ella!

ESCENA VII

DICHOS y DON DIEGO.

DON DIEGO. Dios guarde a la buena gente,
Lola...

LOLA. Mande usté, Don Diego.

DON DIEGO. Lola... ¿me perdonas?

LOLA. ¿Yo?

DON DIEGO. ¿Me perdonas?

LOLA. Yo ¿qué tengo
que perdonarle? Usté a mí,
si acaso.

DON DIEGO. No hablemos de ello.
Desde el fondo de mi alma
te he perdonado. Y te quiero,
pero de distinto modo,
Lola, como debe un viejo
querer a una niña.

LOLA. Vaya...
Y ha venido usté, ¡qué bueno!,
a despedirme; no sabe
usté cuánto le agradezo...

DON DIEGO. Conque a América... ¿Y por qué
irse, chiquilla, tan lejos?
Teníais en Madrid—me dijo
ésta—un contrato soberbio.

LOLA. Le ha dicho... ¡Ah, vamos!

ROSARIO. Yo, tío,
no he dicho. Es que aguardo... creo...

LOLA. Muy bien... Pues no han contestado;
ni contestarán... a menos...
que...

ROSARIO. Todavía...

ESCENA VIII

DICHOS y CRIADA.

ADA. Señorita
Lola. Aquí han traído esto
para usted.
(Entregándole un telegrama.)
SARIO. (¡Gracias a Dios!)
A. De Madrid.
REDIA. Llegó el momento.

ESCENA IX

DICHOS, menos la CRIADA.

SARIO. Ya ves como vino.
LA. Sí.
SARIO. Ahora.
SÉ LUIS. ¡Lola!
SARIO. A ver.
N DIEGO. Sí, a verlo.
LA. Toma. Ya sé lo que dice.
REDIA. Yo también.
SARIO. ¿Quieres leerlo?
LA. Por ti, nena... «Condiciones
absurdas...»
SARIO. *(Delatándose.)*
¡No dice eso!
LA. ¡Claro que no! Pero... ¿cómo
lo sabes tú?
SARIO. ¿Yo?... Sospecho.
LA. Y yo también. ¡Señorita
Rosario, señor don Diego,
José Luis!... Ya está bien,
¿vamos a dejarlo?
ON DIEGO. *(Leyendo el telegrama, que toma de manos de Lola.)* «Acepto
condiciones...» Pues tenía
ésta razón.
(Por Rosario.)
LA. Ya lo creo...
ON DIEGO. Y ¿qué respondes?
LA. Yo, nada.
¿Y tú, Rafael?
EREDIA. ¿Yo?, menos.
Pero tengo que decirte:
de ir tan allá siempre hay tiempo,
de alejarse tanto, de
poner esa mar por medio
de la gente que uno quiere,
de...

LOLA. ¿Tienes tú mucho miedo
de embarcarte?

HEREDIA. ¿Yo? Ninguno.
Pero tú piensa que...

LOLA. Bueno.
Esta es la contestación.

(Rompiendo el telegrama.)

HEREDIA. ¿Qué haces?

LOLA. ¿No lo ves? Romperlo.
¿No pudo salir el barco
hace una hora? Pues, hecho.
Ya estamos en alta mar.
¿Qué le parece, don Diego?

DON DIEGO. Que eres la misma de siempre;
lo que tú quieres...

LOLA. Lo quiero.
Esa es la razón. A todos,
mi gratitud y mi aprecio,
y, a cada cual, lo que quiera
de mí... con el pensamiento.
Porque todo me parece
poco para ustedes... Pero
mi persona tiene ya
su destino..., malo o bueno;
conque... dejar a esta pobre
cantaora de flamenco
que vaya por su camino
sin cortarlo ni torcerlo.
Y otra vez gracias. Y aviva,
Rafael, que se va el tiempo.

HEREDIA. Espera...

ROSARIO. Lola.

LOLA. Rosario.

ROSARIO. ¿No hay remedio?

LOLA. No hay remedio.

ROSARIO. Me venciste... Pero mira
lo que dejas.

LOLA. Lo que dejo
lo sé yo mejor que nadie,
nena, y también lo que llevo.

ROSARIO. Me da pena de él.

(Por José Luis.)

LOLA. Sus males
son de los que cura el tiempo
y esos ojos.

ROSARIO. No. ¿Qué dices?

LOLA. Nada queda en mí de aquello..
Para quererlo, ya es algo
el no tener que quererlo.

ROSARIO. Acuérdate.

HEREDIA. Y tú de mí.
Ella manda y yo obedezco.

N DIEGO. ¿Cuándo embarcáis?...
REDIA. A las siete
viene el bote a recogernos.
Vosotros la mar afuera
y nosotros tierra adentro.
Vamos que, para el exprés,
apenas nos queda tiempo.
N DIEGO. A Sevilla.
LA. No. Ahora al campo.
ON DIEGO. Después... después... ya veremos.
Vamos, niña, bien está;
y tú, joven inexperto,
a viaje largo, adiós corto.
Y, si es posible, hasta luego.
(Se va con Rosario.)
SÉ LUIS. Adiós, Lola.
OLA. Adiós, José
Luis.
(Se aleja hacia el fondo de la terraza.)
(Dirigiéndose a José Luis.)
EREDIA. Ya usté ve que he hecho
lo que he podido. Si usté
no lo ve, o no quiere verlo,
usté sabé que me tiene
a todo—y siempre—dispuesto.
Aun hay lugar.
(Convencido de la lealtad de Heredia le tiende la mano.)
OSÉ LUIS. Sin rencor.
¿Quiere usted?
(Tomando su mano entre las dos suyas, y conmovido.)
HEREDIA. ¡Cómo si quiero!
Y sea usted muy feliz
JOSÉ LUIS. con ella.
HEREDIA. Gracias... Veremos...

ESCENA X

LOLA y HEREDIA.

HEREDIA. Las seis. Lola.
LOLA. ¿Qué me quieres?
HEREDIA. A ver... ¿Qué es eso? ¿Mi reina
llorosa?...
LOLA. No hay despedida,
dice el cantar, que no duela.
El que se despide siempre
lleva un polvillo de tierra
en los ojos.
HEREDIA. Puede ser.
LOLA. Y, sobre todo, si deja...
el terreno en que ha nacido.

HEREDIA. ¿Y no más?

LOLA. No más, Heredia.

HEREDIA. ¿Cuándo viene Pato?

LOLA. Pronto.

HEREDIA. ¿Has oído?

(Se oye la sirena de un barco.)

LOLA. La sirena
de un barco.

HEREDIA. ¿Del nuestro?

LOLA. No.
El nuestro tiene más recia
la voz. Pronto sonará.
Eso es un pito de feria.
(Pausa.)

HEREDIA. ¿Te gusta la mar?

LOLA. De niña
soñaba mucho con ella.
Era una mar de juguete,
con sus barquitos de vela,
todos de plata y con remos
de coral.

HEREDIA. Y ahora, a su vera,
¿qué te parece?

LOLA. Me gusta;
no está mal, ancha y serena...
Y con la sal por arrobas.
De las tres cosas flamencas
que hizo el Señor, me parece
que la mar es la tercera.

HEREDIA. ¿Las otras dos, Rafael,
cuáles son?

LOLA. ¿Quieres saberlas?
La garganta de la Lola
y la guitarra de Heredia.
¿Qué te parece?

HEREDIA. Conformes.

(Larga pausa. Heredia va a hablar varias vece y se arrepiente.)

LOLA. Lola...

HEREDIA. Me llamo.

LOLA. ¿Te acuerdas?...

HEREDIA. ¿De qué, Rafael?

LOLA. Venías
tú, con tu madre, de Ecija;
yo, del Puerto; hacia Sevilla
los dos.

HEREDIA. Recuerdo, en Utrera.
De entonces acá diez años.
Diez años de juerga en juerga,
y de tablado en tablado,
y de tormenta en tormenta
llevamos por esos mares
del zumo de las bodegas;

dos hermanos de flamenco,
tocando y cantando penas.
La canción y la guitarra,
cuerpo y sombra, tronco y hiedra.
Diez años van que soy tuyo
lo que quisiste que fuera;
no lo que yo pretendía,
Lola.

LA. Verdad. ¿Y hoy te apena?

EREDIA. No, mujer. Pero a la orilla
de la mar, cuando se empieza
un viaje largo, conviene
un repasito de cuentas
del corazón; no ha de ser
todo arreglar las maletas.
Tres cosas tiene un viaje
que importan: lo que se queda
en la tierra que dejamos;
lo que se busca o se espera,
que es la razón de pasar
el charco, y lo que se lleva.
Yo dejo poco, no busco
nada, porque no me tientan
la gloria ni la fortuna;
llevo un corazón en pena
que hace hablar a la guitarra
lo que ha callado la lengua
diez años, que no son pocos,
de sed junto al agua fresca.
Lola, yo te quiero, dice
mi guitarra cuando suena;
y, cuando cambia de tono,
dice: ¡si tú me quisieras!
Diez años mi corazón
encerrado en la madera
de esta caja..., que no es
su sitio, aunque tú lo creas.

OLA. Diez años de aquella noche
tan cuajadita de estrellas
como el manto de la Virgen.
La Lola también se acuerda.

HEREDIA. ¿Es verdad?

OLA. Sí, desde entonces,
llevamos la sed a medias;
pero ¿dónde está la fuente,
Rafael?

HEREDIA. Dónde. Muy cerca,
en tus labios.
(Se acerca a Lola para besarla.)

LOLA. No. Mis labios
cantan, pero no se besan.
(Apartándose.)

HEREDIA. Escúchame, Lola, aun es
tiempo de que te arrepientas,

de tomar lo que dejaste
y de cambiar lo que llevas,
que las palabras no obligan
más que en los tratos de feria.
Pero si tú has elegido
con el corazón...

LOLA.

Heredia,
el corazón de la Lola
sólo en la copla se entrega.
Déjame besar tus manos,
y adiós.

HEREDIA.

¿Adiós?
(Con asombro.)

LOLA.

Cuando venga
Pato, la Lola se embarca
y tú, Rafael, te quedas
libre como el aire. Si
era de verdad cadena
nuestra unión, no hay que llevarla
más tiempo, sino ramperla.

HEREDIA.

¿Tú has elegido?

LOLA.

Entre dos
amores, el de más fuerza
y el mejor.

HEREDIA.

¿El mío?

LOLA.

¡El tuyo!
Por él dejé—no me pesa—
un amor muy parecido
al que declara tu lengua,
y porque no se manchara
ése de que tú reniegas,
amor de copla y guitarra,
que junta una misma pena.
Diez años, verdad; tú, fiel
a mi canción; yo a las cuerdas
de tu guitarra. Un amor
que se sabe y no se mienta
era el nuestro. Yo creía
que era el mejor de la tierra.
Si a ti hoy te duele...

HEREDIA.

No, Lola.

LOLA.

Te duele, porque quisieras
cambiarlo por otro... ¡Adiós!

HEREDIA.

Adiós, no.

LOLA.

La Lola lleva
en su garganta más oro
que necesita; y a Heredia
con su guitarra le sobra
para vivir.
(Suena la sirena de un barco.)

HEREDIA.

¿La sirena
del barco?...

LOLA.

Sí.

Déjame
sola, Rafael.
No puedo.
¡Qué es no poder!
Donde vayas,
contigo iré, no te dejo;
por la tierra y por la mar,
la sombra soy de tu cuerpo;
yo me arrancaré la lengua
para guardarte el silencio,
y me saltaré los ojos
si quieres, ¡seré tu ciego!
Pero, donde Lola cante,
toca Heredia.
Así te quiero,
Rafael.

ESCENA XI

DICHOS y PATO.

Al fin ¿nos vamos?
Nos vamos, sí.
Pues no hay tiempo
que perder. ¿Y esa guitarra,
patrón?
Yo mismo la llevo
¿Y ese mantón?
Tiene dueña.
(Se lo pone.)
Matrimonio más flamenco
no ha visto la mar.
(Vase.)
(Cuando se supone que ha pasado el tiempo para llegar al bote, se oye música de guitarra y la voz del botero, que canta desde el mar:)

La Lola.
La Lola se va a los puertos,
la isla se queda sola.

El telón empieza a descender, pero cuando se oye el comienzo de la copla se detiene. Al terminarse de oír es cuando cae ya, definitivamente, el

TELON

LA FARSA

Publicación semanal
de obras de teatro.

DIRECTOR:

VALENTIN DE PEDRO

Las obras más interesantes; las de más prestigiosos autores; las que más expectación hayan despertado, las encontrará usted en

LA FARSA

ADMINISTRACIÓN: RIVADENEYRA (S. A.)
SECCION DE PUBLICACIONES
Paseo de San Vicente, 20.—Madrid.

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

GUTIÉRREZ

SEMANARIO ESPAÑOL
:-: DE HUMORISMO :-:

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ribas.—Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Roberto.—Barbero.—López Rubio.—Tono. Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.—Concur-
aros.—Secciones extrañas.—¡Contra la neurastenia!—
ntra la hipocondría!—Humorismo sano.—Buen gusto.

COMPRE USTED TODOS LOS SABADOS

GUTIÉRREZ

ministración: RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

ea usted

macaco

el periódico de los niños

Contiene historietas, chistes, cuentos, muñecos recortables, dibujos para iluminar, pliegos de soldados, etc., y otras muchas secciones, que son el encanto de los niños. No dejéis de comprarlo, pues además, obtendréis grandes regalos.

ARECE LOS DOMINGOS 25 céntimos

COMPRE USTED TODOS LOS NÚMEROS DE

LA FARSA

TENDRÁ USTED LA COLECCIÓN MÁS COMPLETA DE LAS OBRAS ESTRENADAS CON ÉXITO EN MADRID, Y UNA COMPLETÍSIMA GALERÍA DE PERSONAJES CÉLEBRES DEL TEATRO ESPAÑOL, PUES CADA UNA DE LAS CUBIERTAS DE

LA FARSA

ES UNO DE ESOS PERSONAJES, ESTILIZADOS POR EL MODERNO DIBUJANTE ALONSO.

Rivadeneyra (S. A.).—Madrid.